

5500
TEATRO DE LA REINA VICTORIA

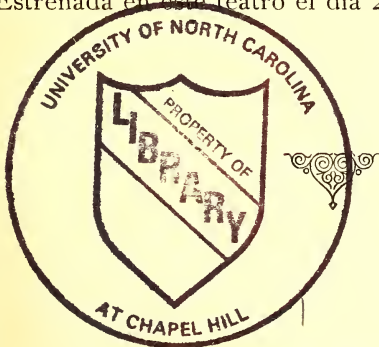
LAS AMOROSAS

L' ECOLE DES COCOTTES

Comedia en tres actos, de los señores Armont y Gerbidón; adaptación al castellano de José Juan Cadenas.

Música original y adaptada
del maestro José Cabas.


Estrenada en este teatro el día 23 de diciembre de 1921



Copyright, by José Juan Cadenas. 1923

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1923



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

LAS AMOROSAS

250668



TEATRO DE LA REINA VICTORIA

LAS AMOROSAS

L' ECOLE DES COCOTTES

Comedia en tres actos, de los señores Armont y Gerbidón; adaptación al castellano de José Juan Cadenas.

Música original y adaptada
del maestro José Cabas.

Estrenada en este teatro el día 23 de diciembre de 1921



MADRID
GRÁFICAS MADRILEÑAS
Calvario, núm. 13.

1923

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados o representantes de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

=====
Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

=====
Queda hecho el depósito que marca la ley.

REPARTO

LUISITA.....	Srta. Hidalgo. (Consuelo)
AMELIA.....	» Vilar. (Angelina)
RAMONA.....	Sra. Mesejo. (Consuelo)
BERTA.....	Srta. Fontana. (Rosa)
ESTANISLAO.....	Sr. Moncayo. (José)
LEBOND.....	» Sola. (Lorenzo)
ROBERTO.....	» Cabasés. (Felipe)
RASINET.....	« Gandía. (Enrique)
FLORENTINO.....	« Perdignero. (Gerardo)
UN AGENTE.....	« Butier. (Francisco)
AUGUSTO.....	Srta. García. (Virginia)

La acción en París.—Época actual.

608525

Acto primero.

En casa de Luisita Masson. Comedor. Muebles modestos, pero nuevecitos. Todos de madera clara. Aparador, mesa, sillas, un armario de luna. Dos puertas. Una ventana.

Al levantarse el telón, la señora Ramona, portera de la casa, está limpiando los muebles. Disputa desde la ventana, primer término derecha, con alguien que grita, abajo en la calle.

ESCENA I

RAMONA. luego AMELIA

RAM. ¿Qué le ha caído una colilla encima? Mejor... Eso no mancha. (*Voces abajo.*) Ya lo sé... Después de las nueve no se pueden sacudir las alfombras... ¡Pues ahí verá usted! (*Más voces.*) Bueno, vaya usted a buscar a los agentes... (*Sigue sacudiendo las alfombras en la ventana.*) Que no se sacude después de las nueve... ¡Vaya una noticia! Pero si la señorita no se levanta hasta las once, ¿cómo voy a sacudir antes de las nueve? (*Llaman al timbre.*) ¡Yal Pronto empiezan hoy las visitas... (*Sale a abrir dejando la escena sola. Momentos después entra acompañada de Amelia.*) Pase usted. Pase al comedor. Es la única habitación que está ya limpia...

AME. (*Por el foro izquierda. Joven de unos veinte años, linda, modestamente vestida, pero con coquetería. Es un poco ingenua, tirando a sosa.*) Muchas gracias. ¿Está en casa Luisita?

- RAM. *Colocada delante del armario, primer término de la izquierda.*) Se está levantando.
- LUI. *(Dentro.)* ¿Quién ha llamado?
- RAM. Una joven que viene a verla.
- LUI. *(Dentro.)* ¿Como se llama?
- RAM. *(A Amelia.)* ¿Cómo se llama usted?
- AME. Amelia.
- RAM. *Gritando a la puerta de la habitación, foro derecha.*) ¡Amelia!
- LUI. *(Dentro.)* Que espere un instante. Voy en seguida.
- RAM. *(A Amelia.)* Viene en seguida. Siéntese usted.
- AME. *(Se sienta a la derecha de la mesa.)* Muchas gracias. Luisita es muy amiga mía... ¿Qué? ¿No se sienta usted?
- RAM. Delante de las visitas, no.
- AME. ¡Ah!
- RAM. ¿Quién cree usted que soy?
- AME. No sé... A lo mejor puede usted ser la madre de Luisita.
- RAM. No, señora. Soy la asistenta.
- AME. Luisita y yo nos conocimos hace mucho tiempo. Luego dejamos de vernos. Ayer nos volvimos a encontrar y me dijo que viniera a visitarla. Tiene unos muebles muy bonitos... ¿Es que ha encontrado algún amiguito rico?
- RAM. *(Desdeñosa.)* ¡Phat! Un muchacho simpático, eso sí, pero joven, excesivamente joven... Tiene una corbata muy grande, pero muy poco dinero... ¡No es una cosa serial!
- AME. Luisita irá lejos... Es bonita, está bien formada y es muy alegre... Además, tiene un no sé qué... que gusta...
- RAM. Usted también es muy bonita...
- AME. No estoy mal... Pero, no sé por qué, nada me sale bien. No tengo suerte... Diga usted... Usted que correrá muchas casas, ¿no conoce a un señor que busque una muchacha económica y bien educada? Yo entiendo un poco de guisar, sé curar el reuma y toco el piano con un dedo...
- RAM. Así, de repente, no recuerdo..., pero ya pensaré, ya...
- AME. ¡Ah! Mil gracias.

ESCENA II

Dichos y LUISITA

- LUI. (*En pyjama*) ¡Buenos días, Amelia!
AME. Hola, Luisita. (*Se besan.*)
LUI. Cuánto te agradezco que hayas venido...
AME. Me dió tanta alegría ayer volver a encontrarte...
LUI. Siéntate... (*A Ramona.*) Señora Ramona, arregle usted mi habitación y deje vacío el baño.
RAM. En seguida, sí señora... (*Váse.*)

ESCENA III

LUISITA y AMELIA

- AME. ¿Cuántas habitaciones tienes?
LUI. Seis...
AME. ¿Seis? ¡Y todas amuebladas! (*Con admiración.*)
LUI. Es que has de saber que heredé...
AME. ¿Que heredaste?
LUI. Sí. Una tía mía me dejó 3.400 francos. Además, tengo un amiguito que me ayuda. Roberto... un cantante de cabaret.
AME. ¡Eh!
LUI. Un poeta. Escribe canciones y las canta él mismo.
AME. Oye, ¿y gana dinero?
LUI. ¡Bah! Me da lo que puede.
~~AME. ¿No tienes más amigo que él?~~
~~LUI. No. Me basta y soy dichosa...~~
AME. Pues me alegro... Verdaderamente da gusto ver a una persona que es feliz... Además, tú mereces triunfar... No eres orgullosa... No te olvidas de tus amigas si las ves en la desgracia.

- LUI. ¿Qué? ¿Tus cosas marchan mal?
AME. ¡Peor que nunca!
LUI. Tú tienes la culpa. Eres tímida o encogida...
¡No eres alegre! Éstas siempre como si te hubiera sorprendido un chaparrón y te cogiera sin paraguas... Despabilate, ¡qué diablo! Tú eres joven, eres bonita, debes gustar a todos.
AME. No; si gustar, sí que gusto... Pero por poco tiempo. Todos mis amigos me abandonan, y lo peor es que se van y no me dejan dinero...
LUI. ¡Ah! Pues debes pedirselo... No faltaba más..
AME. Si es que no me atrevo... Cuando se recibe a un amiguito en una habitación interior, sin más muebles que una mesa coja y una estatua sin nariz..., ¿qué vas a pedir? Si al menos tuviera un pisito como el tuyo...
LUI. Tú le tendrás, mujer... ¡Vaya! Todo llega...
(*Abrese bruscamente la puerta y aparece Roberto. Las dos mujeres dan un grito de sorpresa.*)

ESCENA IV

DICHAS y ROBERTO

Roberto es joven. Viste un poco a lo bohemio del barrio latino' pero sin exageración. Sombrero flexible, pelo largo, sin mechas, gran corbata de lazo...

- ROB. Buenos días, Luisita.
LUI. ¡Ay! Me has asustado.
ROB. (*Acercándose.*) Pues ha sido sin querer.
LUI. ¡Quita de ahí! Ya sabes que no me gusta que entres así. (*A Amelia.*) Es celoso, ¿sabes? Me ha oído hablar y habrá creído que estaba aquí con un hombre, y como tiene la llave... (*Roberto quiere besarla y Luisita se separa.*) No... Te he dicho que no quiero que entres sin llamar... Si quieres, tienes que salir, llamas y entras... (*Ro-*

berto, resignado, sale de escena, cierra la puerta y llama.)

LUI. ¡Adelante!

ROB. *(Abre la puerta y se detiene, fingiéndose sorprendido.)* ¡Ay!, perdón... Veo que no estás sola... Si interrumpo...

LUI. No, no; pasa. Te presento a Amelia, mi mejor amiga.

ROB. Señorita.

AME. Caballero.

ROB. ¿Tu mejor amiga? Nunca me has hablado de ella...

LUI. Es que habíamos dejado de vernos y ayer nos encontramos...

AME. ¿De modo que es usted celoso? Yo no comprendo que un hombre sea celoso... ¿Para qué? Usted sabe de sobra que no ha de estar con Luisita toda la vida.

ROB. Desde luego; ya sé yo que mis relaciones con Luisita no durarán eternamente...

LUI. ¿Por qué no? Eternamente... Es mucho decir, pero en fin, esto puede durar años...

ROB. Si dura meses me daré por contento... El día menos pensado, Luisita encontrará algo mejor que yo. Entonces nos separaremos ¡y a vivir! *(A Luisita)* La única cosa que te pido cuando llegue ese momento es que no me hagas una escena... Yo tampoco te la haré...

AME. Separarse dos amantes sin gritos ni lágrimas. ¡Pero eso no se ha visto nunca!

ROB. Pues eso se verá.

LUI. Entre nosotros está convenido así. Ese día vendrá el pajarito...

AME. ¿El pajarito?

ROB. Sí, señora; el pajarito...

LUI. Fué una idea de Roberto... A fin de no decirnos cosas desagradables, el que de los dos quiera terminar, regalará al otro un jilguero metido en una jaula...

AME. De manera que el pajarito...

ROB. Es la cesantía...

LUI. El pajarito vendrá a decir que se ha terminado el amor...

MÚSICA

- ROB. No ha de haber entre nosotros
ni regaños ni disgustos.
- LUI. Prohibidas las escenas,
prohibidos los insultos.
- AME. El programa es muy bonito
y sería el ideal,
pero es todo lo contrario
de lo que sucederá.
- LUI. Y ROB. Nos juramentamos
de un modo formal,
de nuestros amores
será este el final.

I

- LUI. Cuando nos cansemos
cuando terminemos,
sin llantos ni gritos,
para darnos la triste noticia
vendrá el pajarito
que calladamente,
delicadamente,
en casa entrará
y en el puesto que quede vacante
se colocará.
- LOS TRES El pajarito dirá a su dueño
que humo las glorias son del amor.
El pajarito será el recuerdo
constante y vivo
de una pasión.

II

- LUI. Cuando un nuevo amante
rendido y galante
tengamos al lado.
echaremos los dos al olvido
el tiempo pasado.
Y para que alegre
viva el pajarillo

- sin ningún temor,
le abriremos la jaula y que vuele
en pos del amor.
- AME. El programa es muy bonito
y sería el ideal,
pero es todo lo contrario
de lo que sucederá.
- LOS TRES La jaula entonces
desierta y muda
con su presencia
recordará,
que allí sin rejas
aprisionado
gozando amores
un hombre está.
- LOS TRES La jaula entonces
desierta y muda
con su presencia
recordará,
que allí sin rejas
aprisionado
gozando amores
un hombre está.

HABLADO

- LUI. (*A Roberto.*) Pero puedes estar tranquilo... No
será hoy cuando yo te le regale...
- ROB. Ni yo... (*Se besan.*)
- AME. (*Levantándose.*) Bueno, yo me voy...
- ROB. (*Acariciando a Luisita y sin hacer caso de Ame-
lia.*) Muy bien...
- LUI. No te digo que te quedes, pero si quieres vol-
ver dentro de una hora, almorzaremos juntos
los tres. Te convidó. Roberto nos traerá una
tarta.
- AME. Sí, sí... Yo traeré unos Pykles... Es lo único que
tengo en casa.
- LUI. Py... ¿qué?
- AME. Pykles... Cosas en vinagre, mujer... Pepinillos,
cebollitas, coliflor... Yo suelo tener siempre para
comer de noche cuando me duele el estómago...
- LUI. Bueno, pues tráelos. Hasta en seguida, ¿eh?

AME. Hasta dentro de una hora... Caballero. Adiós. Luisita... Y que se diviertan ustedes... (*Váase Amelia.*)

ESCENA V

LUISITA y ROBERTO, a su tiempo LAS MODISTILLAS

- ROB. ¿Por qué la has invitado? Es muy aburrida...
LUI. ¡Si vieras qué buena muchacha es!
ROB. Dime: ¿qué hicistes ayer tarde? ¿Saliste?
LUI. Sí... Fuí a comprarme unos trapos... ¡Ah! ¿Sabes? ¡Me siguieron!
ROB. Ya sé quién... Apuesto a que fué el tipo ese que vive enfrente
LUI. El mismo... Quiso hablarme, pero yo puse una cara de mujer decente... Mira... Así... Y, ¡claro!, no se atrevió.
ROB. ¡Qué tío! Puede que esté como siempre fisgando en su ventana lo que hacemos aquí...
LUI. No tendría nada de particular... ¡Se pasa ahí la vida...!
ROB. (*Asomándose.*) ¿No lo dije? Allí está... ¡Pero habráse visto! ¡Ah, no! Como esto siga, este buen señor se las tendrá que entender conmigo...
LUI. ¡Bah! A qué incomodarte si sabes que yo no quiero a nadie más que a ti...
ROB. ¿Es de veras eso?
LUI. ¡Qué tonto eres! (*Risas dentro.*)
ROB. ¿Eh? ¿Qué es eso?
LUI. Nada, hombre, no te alarmes... Serán mis antiguas compañeras... Los *maniqués* de la modista que vive en el entresuelo.
ROB. ¡Ah!
LUI. Suelen venir, a verme un rato, antes de entrar en el taller...
VOCES. (*Dentro.*) ¡Luisita! ¡Luisita!
LUI. Lo dicho..., son ellas... Adelante, amigas mías, adelante...

MÚSICA

- MODIS. Tus antiguas compañeras
que se creen en el deber
de venir a verte antes
de encerrarse en el taller.
- LUI. Os agradézco a todas
 vuestra atención.
Pues bien sabéis que os quiero
de corazón.
- MODIS. Tú no sabes la envidia tan grande
 que a todas nos das.
En París, de seguro, algún día
 la reina serás.
Tienes un pisito
lindo y coquetón.
Tienes un amante,
¡qué placer mayor!
- LUI. Os presento a mi amigo Roberto,
 poeta y cantor.
Una gloria del Barrio Latino,
 mi dueño y señor.
Canta sus canciones en los cabarets.
 Todo lo que canta
 lo compone él.
- MODIS. ¡Ay! Si usted quisiera
 cantar un cuplet.
- ROB. Yo con mucho gusto
 las complaceré.
Mi última canción
 daré a conocer:
La mujer aunque la hicieron muy de prisa
no dudeis de que es una perfección.
 La mujer
es el encanto y la sonrisa
 de la vida,
la dulce sensación;
complacerlas en todo
 y adorarlas
debe ser nuestra sola ocupación.
Claro está que tratando de engañarlas
cada vez, cada vez que tengamos ocasión.

MODIS. Las mujeres son la dicha,
la alegría del vivir.
A las mujeres hay que
hacerlas sonreír
y hay que mimarlas
evitándolas sufrir,
que son sus risas
la alegría del vivir.

LUI. La mujer
por muy fenómeno que sea
tiene algún atractivo o cualidad,
y así suele ser simpática la fea,
o de formas una preciosidad;
los encantos en ellas son ya tantos
que a ninguna se debe desdeñar,
porque incluso en las viejas hay encantos
que el amor, que el amor lograrían inspirar.

Todos Las mujeres son la dicha,
la alegría del vivir. (*Mutis todos por izquierda.*)

ESCENA VI

LUISITA. RAMONA sale por el foro derecha.

RAM. Acabaré de arreglar esta habitación... Las demás ya están listas...

LUI. Luego pone usted tres cubiertos. Van almorzar aquí Roberto y mi amiga... ¿Verdad que es muy simpático Roberto?

RAM. ¡Oh, simpático...! Sí... Es simpático, pero es demasiado joven para amante...

LUI. ¡No se lo diga usted a él!

RAM. Mire usted, señorita, cuando se vive la vida alegre, no es para divertirse, sino para trabajar, para ganar dinero, para ahorrar, para pagar bien a todo el mundo y aumentar el salario a la asistenta...

LUI. ¿Es una indirecta, señora Ramona?

- RAM. No lo tomé usted a mal, señorita. Ya veo que usted hace lo que puede; pero teniendo por amigo un zascandil como ese, todo el mundo sabe que no hará usted carrera... Una mujer como usted merece tener un viejo... ¡Y usted le tenderá! ¡Se lo digo yo!
- LUI. ¿Un viejo?
- RAM. Naturalmente... Es lo lógico... Las mujeres viejas para los chicos jóvenes... Las muchachas jóvenes para los hombres viejos... Así son los líos como Dios manda... (*Llaman.*) ¿Han llamado?
- LUI. (*Sorprendida.*) ¿Quién será? Amelia no puede ser todavía.
- RAM. Voy a ver... (*Váse. Pausa. Momentos después Ramona entra con una tarjeta en la mano.*) Es un caballero.
- LUI. (*Leyendo la tarjeta.*) «El Conde Estanislao de la Ferroniere.»
- RAM. ¡Y con la corona en la esquina...!
- LUI. Dígale que no estoy.
- RAM. Le advierto a usted, que este caballero no viene a lo que usted se figura...
- LUI. ¿No?
- RAM. Juraría que viene a vender alguna papeleta del Monte.
- LUI. ¿Qué aspecto tiene?
- RAM. Qué se yo... Es un hombre bien educado.
- LUI. Pues que pase... Veremos qué quiere... (*Ramona váse. Un momento después entra con Estanislao. Váse Ramona.*)

ESCENA VII

LUISITA Y ESTANISLAO

Estanislao viste levita, sombrero de copa, guantes. Todo elegante, pero usadito.

EST. ¿Es a la señorita Luisa Masson a quien tengo el honor de saludar?

LUI. La misma, señor Conde. Pero antes de nada, quiero advertir a usted que tengo un amiguito y que no le engaño. Ni en las bebidas ni en los amores me gusta la mezcla.

EST. (*Muy digno.*) No; señorita... Mi visita no tiene ese objeto... (*Se sienta.*)

LUI. ¿Entonces?

EST. Señorita: la familia de la Ferroniere, de la cual soy el último vástago, ha conocido días de fausto...

LUI. ¿De qué?... (*Sentada encima de la mesa.*)

EST. De fausto... De esplendor.. Pero las razas degeneran, las casas más poderosas decaen, y así yo, Jacinto Luis Benedicto Estanislao, Conde de la Ferroniere, he tenido que agarrarme al trabajo como un plebeyo para ganar mi vida...

LUI. ¡Ah!

EST. Claro es que para mí, lo difícil era elegir la profesión. Una profesión que no me deshonrase. Y la encontré... Me he hecho profesor de bellas maneras, de buenas formas, y ofrezco mis servicios a las horizontales ascendentes...

LUI. ¡Ascendentes!

EST. ¡Que suben! ¡Que suben!

LUI. ¡Ah! Sí. Ascendentes... Como los ascensores...

EST. Justamente. Yo he observado que los azares de la vida modifican bruscamente la situación de la mujer, y que de la noche a la mañana, la grulla se convierte en cortesana de renombre. De un

amiguito de trescientos francos al mes, pasa al amigo de diez mil francos mensuales.

LUI. ¿Es posible?

EST. La nueva situación necesita una nueva educación, y la grulla de trescientos francos no puede hablar ni vivir como la horizontal de diez mil... ¿No es ésto? Pues bien, cuando una mujer sube, yo estoy a su lado para guiarla por los caminos de su nueva vida, yo me encargo de corregirla...

LUI. ¿De desasnarla?

EST. No. De educarla, y de una criatura basta y grosera hago una linda personita refinada...

LUI. (*Riendo.*) ¡Ah! Vamos. Ya lo entiendo... Usted es un refinador de grullas.

EST. Una cosa así...

LUI. (*Se tira de la mesa riendo a carcajadas.*) Es para retorcerse de risa. ¿Y para eso ha subido usted a esta casa?

EST. Porque creo que usted llegará..

LUI. Es usted muy amable, pero puesto que está usted seguro de que llegaré, yo no tengo necesidad de usted.

EST. Sé equivoca usted, señorita. Usted no me necesita para llegar. Usted me necesita para sostenerse.

LUI. ¿Para sostenerme? (*Sin comprender.*)

EST. ¡Claro! Cuando haya usted encontrado al amante rico y generoso ¿cree usted que le sabrá conservar? No, señorita... Usted es joven, linda, alegre, desde luego... Todo eso es encantador en la intimidad, pero no basta para la galería. Obsérvese usted bien. Usted no sabe andar, salta. No sabe usted sentarse, se deja usted caer... No ríe usted con elegancia... ¡Se retuerce! (*Todo lo que va diciendo lo habrá hecho ella durante la escena.*) Y el lenguaje... ¡No digamos! ¡Ah!, no... Amiga mía. Un hombre elegante no podrá presentarla en el teatro, en el *restaurant*, en una reunión de amigos... ¡Se avergonzará de usted! Y es preciso que sepa usted que a las mujeres se las conquista por amor, pero se las conserva por amor propio. Con su manera de ser de usted

no podrá retener a un hombre más de ocho días.

LUI. Pues con el que estoy llevo seis meses...

EST. ¡Bah! Un insignificante... Un ¡250 francos al mes!

LUI. (*Estupefacta.*) ¿Cómo lo sabe usted?

EST. (*Mirando alrededor.*) ¡Porque lo veo!

LUI. Es extraordinario... ¡Ha adivinado usted justamente lo que me da!

EST. ¡Es el A. B. C. de mi oficio!

LUI. Bueno; pues apesar de todo, siento no poder complacerle... Con mi insignificante amigo tengo bastante...

EST. ¿De veras? De modo que si mañana la fortuna subiera los cuatro pisos de esta casa y llamara a su puerta...

LUI. La daré con la puerta en las narices... ¡No soy interesada!

EST. ¡Pero usted no tiene derecho a hablar así! (*Pausa.*)

LUI. ¿Que no tengo derecho? (*Intrigada.*)

EST. No, señora. Usted cree, que ustedes las cortesananas, son libres y pueden entregarse a quien quieran, siguiendo sus caprichos y sus fantasías. Deséngañese usted... Usted representa un papel en la sociedad, usted desempeña una función social. Para usted, el hombre trabaja y acumula riquezas. Usted aumenta el lujo, protege el comercio, intensifica la industria y galvaniza la agricultura... Usted se apodera de todas esas fortunas y las reparte a su alrededor, como un hada bienhechora... Vosotras, las amorosas, no sois solamente las dispensadoras del placer... ¡Sois las encargadas de distribuir la felicidad!

LUI. (*Embobada.*) ¿Sí? ¿De modo que usted cree...?

EST. No creo, estoy seguro... Usted es una de esas elegidas... Y el día en que el destino la llame y diga: «Luisita Masson, tu hora ha llegado... Coge del brazo a ese hombre y anda...» Ese día, usted ¡obedecerá!... No podrá usted negarse... Es su misión... Otra cosa sería, desertar... Y en ese momento necesita usted un profesor de bellas maneras... (*Cambiando de tono.*) Por 500 fran-

cos yo me encargo, en treinta lecciones, de enseñarla a hablar, a escribir, a estar en la mesa, a confeccionar un *menú* y a sostener una conversación sobre..., no importa qué asunto...

LUI. Me deja usted asombrada... (*Llaman.*) ¿Eh? ¿Quién puede ser?

EST. ¡Quién sabe si es el destino!

RAM. (*Entra con un enorme ramo de flores.*) Traen estas rosas para usted...

LUI. (*Cogiéndole.*) ¿Para mí? ¿De parte de quién?...

RAM. No sé... Lo ha traído un mozo.

LUI. Está bien... (*Ramona váse.*) No sé quién me envía esto.

EST. Un comerciante...

LUI. ¿Lo sabe usted?

EST. No. Pero lo adivino... (*Cogiendo el ramo.*) ¿No ve usted? Es grande, es hermoso, pero no es fino... Las flores son corrientes, vulgares... No hay ninguna flor rara... No es de un artista ni de un hombre delicado... Es de un señor de edad, entre los cincuenta y cinco y los sesenta. Este es un hombre que usted manejará a su gusto, y del cual hará lo que quiera, porque es un principiante!.. ¡Un primo! ¡Que sea enhorabuena!

LUI. ¡Bah! Todo eso es palabrería... ¡Ah! Una tarjeta... (*Cogiendo una tarjeta que habrá en el ramo.*) A ver... (*Leyendo.*) «Eduardo Lebond, calle Pigalle, número 30.» ¡Toma, si es del viejo de enfrente!

EST. ¿Es un comerciante?

LUI. Tiene pasamanería al por mayor... Sus oficinas están ahí.

EST. ¿Edad?

LUI. ¡Sesenta años!

EST. ¿Qué le decía yo? ¡El viejo inocente! Ha llegado la hora, señorita... La dejo a usted... Dentro de quince días me mandará usted llamar.

LUI. (*Dudando.*) Pero ¿y Roberto?

EST. ¿Roberto? ¿Quién? ¿El insignificante? Antes de quince días habrá usted terminado con él... ¡Es matemático! (*Se oyen voces dentro.*)

- LUI. ¡Ay, Dios mío! ¡Es él! Roberto... ¿Qué va a decir cuando le vea a usted aquí?...
- EST. (*Muy tranquilo.*) No se asuste usted, estoy acostumbrado a estos encuentros...

ESCENA VIII

LUISITA, ESTANISLAO Y ROBERTO

- ROB. (*Entrando con un paquetito en la mano.*) ¡Un hombre! ¡Un hombre aquí! ¿Qué hace usted aquí, caballero? (*Pasa delante de Luisita y deja el paquete sobre la mesa.*)
- EST. (*Digno.*) Se equivoca usted..., yo no soy un hombre...
- ROB. ¿Eh?
- EST. Yo soy un profesor y he venido a ofrecer mis servicios a esta señorita.
- ROB. Un profesor, ¿de qué?
- EST. ¡De buenas formas! Estanislao, Conde de la Ferroniere, servidor de usted.
- ROB. ¿Pero usted cree que se va a burlar de mí? Luisita no necesita buenas formas.
- EST. Si, señor; las necesita. Y a muchas personas que creen que no las necesitan no les vendría mal tampoco...
- ROB. ¿Lo dice usted por mí?
- LUI. ¡Roberto!
- ROB. (*Furioso golpeando sobre la mesa.*) ¡Es que no estoy dispuesto a consentirlo!
- EST. (*Muy digno.*) Basta, caballero. ¡Mi educación no me permite seguir esta conversación en semejante tono!... Tengo el honor de saludar a usted...! (*Pasa por delante de la mesa saludando a Luisita.*)
- ROB. Salga usted de aquí inmediatamente.
- EST. (*Bajo a Luisita mientras se dirige a la puerta.*) La dije a usted que antes de quince días... ¡Estó no dura ni ocho! (*Aíto.*) Señorita, ¡beso a usted los pies! (*Se va muy dignamente.*)

ESCENA IX

LUISITA Y ROBERTO

- ROB. (*Muy furioso.*) ¡Muy bonito! Está visto. No puedo faltar de casa un cuarto de hora! ¿Quién es ese individuo? ¿Un pretendiente?
- LUI. (*Molesta.*) Mira, no es por alabarte, pero si vieras qué molesto te pones...
- ROB. (*Calmándose. Coge una silla y va a sentarse frente al público.*) ¿Sí? Bien... Bien... Yo te he prometido no hacer ninguna escena... Lo cumpliré... (*Refunfuñando entre dientes, se levanta y al volverse descubre el ramo de flores.*) ¡Eh!
- LUI. (*Asustada.*) ¿Qué?
- ROB. ¿Un ramo? ¿Qué hace aquí este ramo? ¿Quien te lo ha mandado?
- LUI. (*Levantándose aburrida.*) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¿Volvemos a empezar?
- ROB. Te lo habrá traído ese señorito, ¿verdad?
- LUI. No, hombre; no. No es de él.
- ROB. De quién es, ¿entonces?
- LUI. Del viejo de enfrente.
- ROB. ¿Del...? (*Va corriendo a la ventana y al llegar se detiene asombrado.*) ¡Ah! pero esto es el colmo!
- LUI. ¿Qué pasa, hombre, qué pasa?
- ROB. ¡Pues no está mirando con un telescopio lo que hacemos aquí! ¡Ah! Sí... Pues vas a ver, yo te lo juro... (*Coge el ramo de flores y lo arroja por la ventana.*) Toma. ¡Ahí tienes tu ramo!
- LUI. (*Furiosa.*) ¡Como! ¿Pero que has hecho? ¡Mi ramo! ¿Quien te ha dado permiso para tirar mi ramo? ¡Ya estás yéndome por él!
- ROB. (*Apojado en la mesa y frente al público.*) ¡No me da la gana!
- LUI. ¡Te digo que vayas por él! (*Cerca de la ventana.*)
- ROB. ¡Y yo te digo que no quiero! ¡Ea!
- LUI. ¿Sí, eh? Mira, Roberto, empiezo a ver que me he equivocado contigo... Y, la verdad, no valía

la pena de sacrificar por ti, las ocasiones que se me han presentado...

ROB. (*Incrédulo y burlón.*) ¡Oh!

LUI. (*Haciendo burla.*) No hay ¡¡¡Oh!!! que valga... He despreciado a muchos hombres ricos por ti... ¡Veo que he hecho mal!

ROB. (*Sentado frente al público.*) ¡No sabía que eras tan venal!

LUI. (*Como si hubiera recibido un insulto.*) ¿Venal? ¿Qué quieres decirme con eso de venal? ¿Es una enfermedad?

ROB. (*Despreciativo.*) No... Mujer venal, quiere decir, mujer que ama el dinero!

LUI. (*Yendo a él furiosa.*) ¡Yo! ¡Interesada yo! Vamos. Tú no me has mirado bien. Si a mí me gustase el dinero, ¿estaría seis meses contigo? ¡No! Pero yo he hecho mal no abriendo la puerta a la fortuna cuando ha subido los cuatro pisos de esta casa y he faltado al cumplimiento de mi función, que es una función social. (*Imitando el tono y ademanes de Estanislao.*)

ROB. (*Estupefacto.*) ¡Eh! ¿Qué dices?

LUI. Lo que oyes... Sí... Sí... Mírame con esos ojos de asombro... Es una misión la que llenamos nosotras las cortesanas... Sin nosotras la sociedad no prodría existir... Nosotras distribuimos la felicidad y derramamos la riqueza a nuestro alrededor.

ROB. (*Burlón.*) ¿Sí, eh? Pero ¿quién te ha metido esas ideas en la cabeza? ¿Ha sido ese pájaro de profesor? (*Se levanta.*)

LUI. ¿Tú no crees que se me puedan ocurrir a mí?

ROB. (*Alzando los hombros.*) ¿Ocurrírsete? No eres capaz de comprenderlas siquiera!

LUI. (*Furiosa.*) ¡Ni de comprenderlas! Eso es. ¡Insúltame ahora! ¿Me has tomado por una idiota? Pues yo te digo que cuando mi hora llegue y la sociedad me llame, tú no tendrás derecho a oponerte cerrándome el camino.

ROB. (*Yendo hacia ella.*) ¡Imbécil! ¡Imbécil! ¡Imbécil!

LUI. (*Imitándole.*) ¡Estúpido! ¡Estúpido! ¡Estúpido!

ROB. (*Volviéndola la espalda.*) ¡Bueno!

LUI. No. Bueno, no. Y si quieres seguir mi consejo,

quítate de mi vista un ratito, porque si no, antes de cinco minutos me da el ataque...

ROB. (*Resueltamente coge el sombrero.*) Sí... Mejor será... ¡Me voy!

LUI. ¡Anda con Dios! (*Roberto vase dando un portazo.*)

ESCENA X

LUISITA y RAMONA

LUI. (*Dejándose caer en una silla.*) ¡Uf! ¡Qué harta estoy ya! ¡Qué harta!

RAM. ¿Se puede? (*Entreabriendo la puerta*)

LUI. Adelante.

RAM. Buena escenita, ¿eh?

LUI. ¿Qué? ¿Escucha usted detrás de las puertas?

RAM. No. Pero estaba esperando para poner la mesa.

LUI. ¿Qué le parece a usted? ¿Ha oído usted nunca nada parecido?

RAM. Como oír, he oído cosas mucho peores. Ya comprenderá usted que cuando se va a asistir a las casas y hay hombres y mujeres, oye una aunque no quiera. En una casa una vez ví a un hombre tirar por la ventana a la mujer... ¡Fíjese usted el golpe que recibí...!

LUI. ¡Pues anda que ella!

RAM. ¡Cinco pisos! (*Llaman. Vase Ramona.*)

LUI. ¡Esa debe ser Amelia! Vaya usted a abrirla. Cuando le cuente lo ocurrido se va a quedar con la boca abierta..

RAM. (*Entrando.*) ¡Es un caballero!

LUI. ¿El Conde?

RAM. No. No. Es un señor de edad... El que ha enviado las flores.

LUI. (*Levantándose resuelta.*) ¡Él! También es casualidad... ¡Ni con campanillas! ¡Dígale usted que pase! (*Vase Ramona.*) ¡Precisamente llega en buena ocasión!

RAM. (*Entrando con Eduardo Lebond.*) Pase usted, caballero. (*Vase Ramona.*)

ESCEÑA XI

LUISITA Y LEBOND

Eduardo Lebond, comerciante rico. Sesenta años. Tímido. Entra en escena con aire determinado y resuelto. Es un hombre tímido, que ha adoptado una resolución. Son los más atrevidos.

LEB. Señorita...

LUI. *(Interrumpiéndole y acercándose a él, pasando por delante de la mesa.)* ¡Usted! De manera que usted es el señor don Eduardo Lebond, el vecino gracioso. ¡Muy bien! ¡Ea! Ya estará usted satisfecho, ¿eh? El señor envía ramos de flores a las muchachas; el señor siembra la discordia en un hogar, y luego, tranquilamente, se presenta con aire conquistador, pensando que va una a caer loca en sus brazos... ¿no es ésto? Pues se ha equivocado usted, amiguito. Esta vez no le sale la cuenta, conque puede usted irse con la música a otra parte... *(Lebond, poco a poco, al escuchar a Luisa, habrá ido perdiendo la serenidad. Su rostro, tranquilo y confiado al principio, refleja ahora la más viva contrariedad. Luisita se queda mirándole, y un momento cree que va a ver a Lebond caer desvanecido.)* ¡Eh! ¿Pero qué le sucede a usted? ¿Se pone usted malo? Vamos, hombre, ¿no es para tanto! ¿Es que le hace a usted tanto efecto que le de calabazas? ¡Bah! ¡Se consolará usted fácilmente! En París hay muchas mujeres. *(Lebond hace signos negativos con la cabeza.)* ¿Qué no? ¿No hay más mujeres? ¿No hay más que yo?

LEB. *(Estallando da un paso hacia ella.)* Yo la quiero a usted, ¡la quiero!

LUI. *(Sorprendida huye hacia el otro lado de la mesa.)* ¿Eh? ¿Qué se esté usted quieto!... De lo contrario... *(Se dirige a la puerta.)*

LEB. No llame usted, no tenga miedo. Yo la respetaré... ¡Se lo juro!

- LUI. ¡Qué atrocidad! ¡Qué repentines le dan a usted!
LEB. Sí... Ha sido de repente. ¡En cincuenta años no me había ocurrido nada semejante! Pero la semana pasada la ví a usted desde el balcón de mi despacho. Salía usted del baño, la ventana estaba abierta, la luz encendida. ¡Ah, qué espectáculo! Le tengo grabado aquí. (*Dándose golpes en la frente.*) No le olvidaré jamás. He comprado un telescopio y me paso las horas muertas en el balcón, esperando la hora del baño.
- LUI. ¡Muy bonito!
LEB. Hace un instante he visto la riña de ustedes, el ramo que salía por el balcón, y su amigo de usted que salía por la puerta furioso... Me ha parecido que era el momento para venir, y aquí me tiene usted. (*Poco a poco ha ido acercándose a ella.*)
- LUI. ¡Caray! ¡Vaya si es usted inflamable! ¡Es la primera vez que me sucede esto! Pero, en fin, señores Lebond, yo lo siento mucho.
- LEB. (*Desolado.*) ¿Me despide usted?
LUI. ¿Pero usted me ha mirado bien?
LEB. ¡Con telescopio!
LUI. ¿Cree usted que soy una cualquier cosa? ¿Que voy a caer en los brazos del primero que llegue?
LEB. No, señorita. No me ha comprendido usted. Unos instantes, unas horas, unos días, no bastarían para satisfacer la sed que me abrasa. No... ¡Lo que yo vengo a ofrecer a usted es mi vida entera...!
- LUI. ¡Eh!
LEB. Yo quiero estar siempre a su lado...
LUI. ¿Y vivir aquí?
LEB. ¿Aquí? De ningún modo. ¡Esto no es digno de usted! Yo la instalaré en un pisito coquetón...
LUI. ¿Con estos muebles?
LEB. ¿Estos muebles? ¡Por Dios! Compraremos un mobiliario elegante, moderno, Luis XV... Un piso delicioso con electricidad, teléfono, ascensor... (*Acercándose.*)
- LUI. (*Ensimismada.*) Ascensor... ¿Como me dijo el Conde? ¡Ah, sí! Ascendentes.
LEB. ¿Eh?

- LUI. (*Siempre ensimismada.*) No, no... nada.. La verdad es que yo no sé si tengo el derecho de cerrar la puerta...
- LEB. Si está cerrada... (*Después de mirarla.*)
- LUI. No, usted no puede comprender esto... Son cosas que pienso yo...
- LEB. ¿Acepta usted...?
- LUI. Mire usted, si me dejara llevar por mis impulsos le diría a usted que no.
- LEB. ¡Ah!
- LUI. Pero... si escucho la voz del deber, me ordena que debo cumplir una misión...
- LEB. (*Sin comprender.*) ¿Qué misión? (*Pausa.*)
- LUI. Déjeme usted reflexionar. (*Pasa y se sienta en una silla.*)
- LEB. (*Insistiendo.*) ¿Reflexionar? ¿Para qué? Piense usted, señorita, que yo no puedo esperar. Mi vida es imposible. Mis negocios se resienten... Me equivoco al hacer las cuentas, pago dos veces la misma factura y tengo distracciones deplorables. Ayer, en vez de encargar cuarenta kilos de agremán, encargué cuarenta toneladas... Figúrese... Yo no soy solo...
- LUI. ¿No?
- LEB. Tengo un socio... Rasinet... La casa se titula así: «Rasinet y Lebond.» El es el capitalista. El paga y yo trabajo.. Naturalmente, Rasinet está furioso y dice que llevo la casa a la ruina.
- LUI. ¡La ruina!
- LEB. Ya ve usted... Si la casa quebrara sería una catástrofe... Tres ingenieros, once viajantes, dos contables, un cajero, ochenta y cuatro empleados y ciento veintisiete obreras... Total: doscientas veintiocho personas en la miseria... Y la casa quiebra si usted no me hace caso...
- LUI. (*Aturdida.*) ¡Doscientas veintiocho personas!...
- LEB. Hoy me ha dicho Rasinet: «Esto no puede seguir así... Entiéndete cuanto antes con esa señorita, cueste lo que cueste. La casa se salvará y todos estaremos tranquilos.» Rasinet conoce bien a las mujeres. Él me ha aconsejado que enviase las flores y que viniese en seguida. Ahora me está esperando en el café de la es-

quina para saber el resultado de esta entrevista. ¡Ah, señorita! Dígame usted que sí... Es preciso que me diga usted que sí...

LUI. (*Ensimismada.*) Doscientas veintiocho personas y un asociado... El Conde tiene razón. Nosotras somos las encargadas de distribuir la felicidad. (*De repente se levanta.*) Pues bien, señor. Lebond... Digo, que sí...

LEB. (*Loco de alegría.*) ¡Ah! ¡Al fin! ¡Gracias!... Es usted un angel... Un angel... ¡Qué felicidad! Voy a tener una amante. ¡Voy a ser dichoso! Corro a decírselo a Rasinet y a despachar el correo de ocho días, que está detenido... Luego vendré con un coche del Círculo. Iremos a almorzar y en seguida veremos un piso que me ha indicado Rasinet... (*Llaman.*) Han llamado. ¿Será su amigo?

LUI. No. Ese tiene llave... Es una amiga mía que viene a almorzar conmigo. Se la presentaré a usted.

ESCENA XII

LUISITA, AMELIA Y LEBOND

AME. (*Llevando un frasquito en la mano.*) Aquí estoy con mis pyckles.

LUI. Ven, Amelia, ven. Te presento a don Eduardo Lebond, mi nuevo amigo.

AME. (*Estupefacta.*) ¿Eh?

LUI. Sí... He tenido unas palabras con Roberto, ¿sabes? ¡Oh! Me ha hecho una escena terrible... Y le dejo. El señor Lebond me instala en un piso nuevo...

AME. ¡Ah! (*A Lebond.*) ¡Caballero!

LEB. Sí, señorita... Aquí tiene usted a un hombre reventando de satisfacción.

AME. Diga usted señor Lebond, por casualidad, ¿no tendría usted un amigo...?

- LEB. Si, señorita, tengo muchos. ¿Por qué?
AME. Si alguno buscara una mujercita económica y bien educada, acuérdesse usted de mí.
LEB. Pierda usted cuidado. ¡Vaya! ¡No faltaba más!
AME. Yo entiendo un poco de cocina, y sé cuidar muy bien los reumatismos.
LEB. No lo olvidaré. (*A Luisita.*) ¿Me permite usted que le dé un beso?
LUI. ¿Por qué no?
LEB. (*La besa torpemente.*) ¡Ah! ¡Que bueno está! ¡Que bueno! Hasta luego, ¿eh? ¡Hasta luego! ¡Qué contento se va a poner Rasinet cuando lo sepa! (*Vase Lebond.*)

ESCENA XIII

LUISITA Y AMELIA

- AME. ¡Chica! ¡No salgo de mi asombro!
LUI. (*Quitándose el pyjama y poniéndose un vestido.*)
¿Eh? ¿Qué te parece?
AME. Lo veo y no lo creo... De manera que te van a entretener por todo lo alto?
LUI. Ya lo ves. Eduardo va a alquilarme un piso y me lo va a amueblar ricamente.
AME. ¿Y está muy bien, sabes?
LUI. ¿Quién?
AME. Eduardo. El señor Lebond.
LUI. Eso sí que no... Lo que es como bien, qué ha de estar bien.
AME. ¿Entonces por qué te vas con él? Tu has dicho siempre que no harías caso a ningún hombre que no te gustase.
LUI. Es que... Has de saber que ha venido a verme una persona y me ha profetizado mi porvenir.
AME. ¿Un sonámbulo?
LUI. Me ha dicho que tengo una misión...
AME. Ah, sí!

- LUI. Vamos a ver, Amelia, si yo te regalase éste piso con muebles y todo, ¿qué dirías?
- AME. Diría que te habías vuelto loca.
- LUI. Pues ya puedes decirlo.
- AME. Pero, ¿no es broma?
- LUI. ¡No!
- AME. ¿Me lo regalas todo?
- LUI. Todo.
- AME. ¡Oh, Luisa, Luisa!
- LUI. ¿Qué? ¿No me das un beso?
- AME. Y mil... ¡Pero si es que me has dejado como tonta!
- LUI. Ahora tendrás más suerte, ¿eh?
- AME. ¡Oh! Seguramente... Si ahora no hago algo es que soy imbécil.
- LUI. Y qué... ¿No lo eres?
- AME. No tanto como parece...
- LUI. Mira... Ahora tienes que hacerme un favor... Al final de la calle hay un vendedor de pájaros... Vé en seguida y compra una jaula con un jilguero...
- AME. ¡Ah, sí! Para Roberto...
- LUI. ¡Pobre muchacho! ¡En fin! No hay más remedio... ¡El destino me llama! Anda, ve corriendo.
- AME. Sí, sí... Vuelvo en seguida... (*Vase Amelia.*)

ESCENA XIV

LUISITA Y RAMONA

- LUI. (*Llamando.*) ¡Señora Ramona!
- RAM. (*Entrando.*) ¿Puedo acabar de poner la mesa?
- LUI. Como usted quiera... A mí me da igual... Yo me voy. Deme usted mi saco de viaje...
- RAM. (*Obedeciendo.*) ¿Qué, se va usted?
- LUI. Y para siempre... He encontrado un amigo.
- RAM. ¿El del ramo?
- LUI. ¡Justamente! Abra usted el armario y vaya usted sacándome mi ropa blanca.

RAM. Siempre dije yo que usted llegaría...
LUI. (*Devolviendo la ropa blanca que la da.*) No...
Esa ropa es de Roberto... ¡Ah! Siento abrir la
puerta... Debe ser él... Déjenos usted solos...
(*Vase Ramona.*)

ESCENA XV

LUISITA, ROBERTO, luego AMELIA

ROB. (*Trae un paquetito envuelto.*) Soy yo...
LUI. (*Volviéndole la espalda.*) ¡Ya lo veo!
ROB. Sí. Yo soy que vengo a decirte que esto no
puede continuar... ¡Estoy harto! (*Desenvuelve el
paquetito y saca una jaula que deja encima de la
mesa.*) Así, pues... Aquí tienes... Ya lo ves... Ni
un grito, ni una palabra fuerte... Nada de dra-
mas... Muy tranquilo... Muy tranquilo.
LUI. (*Indignada.*) ¡Ah, sí! ¿De modo que me dejas?
¡Oh! Nunca, nunca hubiera esperado esto de ti...
ROB. Pero...
LUI. (*Gritando.*) ¡Cállate! Lo que acabas de decir es
asqueroso, ¿lo oyes bien? Asqueroso... Abando-
nar a una mujer que se había consagrado a ti,
que no pensaba más que en ti...
ROB. Pero...
LUI. ¡Cállate, te digo! ¡Abandonarme! ¡Abandonar-
me! ¡Dios mío! ¡Dios mío! (*Se deja caer en una
silla.*)
AME. (*Entra con una jaula igual.*) ¡Aquí está el pa-
jarito!
ROB. (*Estallando furioso.*) ¡Eh! ¡Pero esto es el colmo!
¡Tú! ¡Tú! Una mujer a la que yo adoraba, a la
que he entregado mi corazón... ¡Me dejas! ¡Me
dejas!
LUI. Pero...
ROB. ¡Calla! Todo lo que digas y nada es la misma
cosa... ¡Lo que acabas de hacer no tiene nom-
bre! ¡No tiene nombre!

- AME. (*Con la jaula en la mano.*) Pues sí que hacen ustedes mucho caso al pajarito... ¡El que venía para evitar las discusiones!
- LUI. (*Mirándole.*) ¡Pues es verdad!
- ROB. ¡Tiene razón!
- AME. (*Viendo la otra jaula.*) ¡Toma! ¡Otro pájaro...!
- LUI. (*Riendo.*) De todos modos no podrás decir que me has dejado tú primero.
- ROB. Ni tú tampoco. Los dos hemos tenido la misma idea a un tiempo... Eso prueba que ha llegado el momento de la separación... Naturalmente tú tendrás ya a alguien...
- LUI. (*Bajando los ojos.*) ¡Sí!
- ROB. ¿Será un hombre bien?
- LUI. No tan bien como tú...
- ROB. Gracias... ¿Quién es?
- LUI. Más vale no hablar de eso...
- ROB. ¿Qué? ¿Hacías el equipaje?
- LUI. Sí... Ya he separado tu ropa..
- ROB. Muy bien... Me la llevaré... Hace seis meses dejé aquí arrinconado mi saco de mano. No creí que tuviera que utilizarlo tan pronto. (*Le saca.*)
- LUI. Toma. Aquí dejaste dos cuellos y una corbata...
- ROB. Gracias...
- LUI. (*Dándole las prendas.*) Tu pyjama...
- ROB. (*Cogiéndole.*) Ven aquí, amigo mío... ¡Qué buenos ratos hemos pasado aquí, ¿eh? En fin... Es la vida...
- LUI. Tus camisas de dormir...
- ROB. ¡Ah! ¿Te acuerdas de ésta? Mira el roto que la hicistes... Eso sí, luego zurciste el roto..., bastante mal, por cierto...
- LUI. Ya sabes que la costura no es mi fuerte...
- ROB. Lo sé... Lo sé... (*Pausa.*)
- LUI. Quién sabe si estamos haciendo una tonte-ría...
- ROB. ¿Quién sabe!
- LUI. Después de todo, juntos éramos dichosos...
- ROB. Hemos tenido nuestros malos ratos, pero...
- LUI. En cambio, teníamos otros que... ¿eh?
- ROB. ¡Oh, ya lo creo...!
- LUI. ¿No haríamos mejor continuando juntos?
- ROB. ¿Tú crees...?

- AME. (*Interviniendo rápidamente.*) ¡Ah, no...! Eso sí que no...
- ROB. ¡Éh!
- AME. Que eso no puede ser...
- ROB. Pero a usted ¿quién la da vela en este entierro?
- AME. Usted no puede impedir que Luisita haga su porvenir, Porque no me negará usted, que usted no es un porvenir para ella.
- LUI. ¡Cállate, Amelia...!
- ROB. (*Silenciosamente coge su saco de mano.*) No... Déjala... Tiene razón... Yo no soy, no puedo ser un porvenir para ti... ¡Separémonos...!
- LUI. ¡Roberto!
- ROB. ¿Qué? Tú eres mujer de suerte...
- AME. Advierto a ustedes que son ya las doce y media...
- ROB. ¡Ya! Es verdad... Eso quiere decir que es menester que me vaya... ¡Piensa en todo esta Amelia! ¡Vaya, adiós, nena! Aquí tienes la llave. (*La pone encima de la mesa. Amelia la coge.*) Adiós... ¡Que seas dichosa...! ¡Muy dichosa...!
- LUI. ¿No me das un beso?
- ROB. No... Tengo miedo... Si te besara me faltaría el valor para marcharme... (*Se dirige a la puerta.*)
- LUI. (*Emocionada.*) ¡Roberto! (*Roberto se detiene.*) ¿Es... que... no... te dejas nada olvidado?...
- ROB. No.
- LUI. Oye... Dí... ¿Quieres los jilgueros?
- ROB. No. Dáselos a Amelia. Así tendrá compañía... ¡Adiós! (*Váse rápidamente.*)

ESCENA XVI

LUISITA Y AMELIA, luego RAMONA, después LEBOND

- LUI. ¡Pobre Roberto!
- AME. Anda, mete las cosas que es tarde.
- LUI. Tienes razón. Ven... Ayúdame...
- AME. Va a arrugarse toda la ropa...

LUI. Peor para ella...

RAM. (*Entrando.*) ¡Señorita, Luisa! ¡Señorita, Luisa!!
Abajo hay un coche que debe ser para usted...
(*Las tres se precipitan a la ventana.*)

LUI. ¡A ver! ¡Ah! Sí... Es Eduardo.

RAM. Viene el coche lleno de flores... Hasta los caballos tienen flores... ¡Anda! Toda la vecindad está en los balcones...

AME. ¡Ni que fuera a haber una boda...!

RAM. ¡Mil felicidades, señorita Luisa!

LUI. Gracias. Vamos de prisa... ¡Ayúdenos usted, señora Ramona...! (*Meten la ropa blanca en la maleta.*)

RAM. ¿Y los vestidos...? ¿Dónde va usted a meter los vestidos?

LUI. ¿Los vestidos? No los quiero... Ya los tendré más bonitos... Se los regalo a usted, señora Ramona... ¡Ah! Qué tonta soy... Usted no los podrá llevar...

RAM. No importa... Los guardaré para mi sobrina cuando se lance a la vida alegre...

LUI. ¿Cuántos años tiene?

RAM. Nueve.

LEB. (*Entra exuberante, alegre, una flor en el ojal.*) Ya estoy aquí... El coche espera abajo... ¿Estamos?

LUI. Sí...

LEB. (*Viendo a Ramona.*) ¿Quién es esta mujer? ¡Ah, la criada... Es usted muy simpática... Tome usted. (*Dándole dinero.*)

RAM. ¡Oh, muchas gracias, caballero! (*Van entrando las compañeras de taller de Luisita.*)

LEB. Quiero que todo el mundo sea feliz, que todos estén contentos. (*A Amelia.*) ¿Y usted? ¡Ah! Un amiguito que sea formal... Yo le buscaré... (*A Luisita.*) ¡Vamos a almorzar!

LUI. ¿Dónde?

LEB. Al restaurant...

LUI. Ya me lo figuro, ¿pero a cuál?

LEB. ¡Ah! No sé... No los conozco... No he ido nunca de juerga. A mí me pasa lo que a usted... ¡Me lanzo a ahora! (*Pausa.*) Pero tengo una idea... Le preguntaré al cochero... El debe saber y nos llevará al restaurant más *chic* de París...

- LUI. Pues vamos. Adiós... Hasta que nos veamos, pronto... Yo os ayudaré en la vida... Podéis contar siempre conmigo...
- RAM. ¡Gracias...!
- AME. ¡Gracias...!
- LUI. No. No me lo agradezcáis... Es mi obligación... ¡Yo cumplo un deber!
- LEB. Hasta la vista... (*Estrechando las manos de Amelia.*) Adiós, amiga mía...! (*Va a dar la mano a Ramona, se acuerda y la vuelve a dar dinero.*) Adiós, que sea usted dichosa...! (*A Amelia.*) Y usted también... ¡Todo el mundo dichoso... ¡A Luisita.) ¡Ven, hermosa mía! (*La coge por el talle, la arrastra. En el umbral de la puerta los dos, vuélvese Lebond y exclama: ¡Qué feliz soy! (Mucha alegría. Todos los acompañan hasta la puerta. Bis del número de LAS MODISTAS.)*)

TELÓN

Acto segundo

Un salón de lujo llamativo y chillón en casa de LINA DE MALMESON. («Née» Luisita Masson.)

Al levantarse el telón, LUISITA y LEBOND acaban de tomar el café.

ESCENA I

LUISITA y LEBOND

- LUI. *(Vestida con elegancia y expresándose con maneras y ademanes más cultivados que en el acto primero.)* Mira, es ya el segundo cigarro que enciendes desde que hemos acabado de almorzar... Fumas demasiado... Acabará por hacerte daño...
- LEB. No, Luisita; no lo creas...
- LUI. ¿Por qué me llamas Luisita? Tú sabes bien que ya no me llamo Luisita...
- LEB. Es verdad; ya no me acordaba...
- LUI. Luisita Masson estaba bien para Mont Martre... Ahora me llamo Lina de Malmeson, que suena mejor... *(Después de una pausa.)* ¿Te vas?
- LEB. No. El despacho no se abre hasta dentro de una hora...
- LUI. Es que quiero que estés aquí cuando venga Roberto.
- LEB. *(Asustado.)* ¿Qué va a venir aquí Roberto?
- LUI. Sí... Le he escrito diciéndole que has encontrado una colocación para él...

- LEB. Es una plaza de secretario en casa de mi amigo Pulard, comerciante al por mayor, calle del Paraíso, número 34. Debe presentarse el día primero. 300 francos mensuales para empezar y un espléndido porvenir, si es formal. Pero tiene que renunciar a la vida de los cabarets y a las canciones. Supongo que no aceptará si es como tú me lo has pintado.
- LUI. Aceptará.
- LEB. Ya verás como no.
- LUI. Aceptará, porque quiero yo que acepte. Quiero hacer su felicidad...
- LEB. ¡Ya, ya! ¡Tú te has propuesto hacer la felicidad de todo el mundo! ¡Hasta la de mis obreros...!
- LUI. No estaban bien pagados los pobres... ¿Después de todo, qué te he pedido yo? Una insignificancia... Que les aumentes un franco diario de jornal. ¡Valiente cosa!
- LEB. Bonita manera de comprender el comercio. ¡Un franco diario a 174 obreros, hacen un total de 63.510 francos al año! ¡Claro! Ellos no lo querían creer... Les tuve que decir que eres tú que estás loca...
- LUI. ¡Muchas gracias! En fin, ¿están contentos?
- LEB. Figúrate. (*Váanse primera izquierda.*)

ESCENA II

ESTANISLAO por primera derecha, viste elegantísimo.

MÚSICA

I

El que quiera en la vida prosperar,
conquistando fortuna y situación,
el que ansía en política medrar
y tener encumbrada posición...
que no busque la ayuda
de otro hombre en un momento,

que no se fíe nunca
del celo y del talento.
El triunfo decisivo,
la fuerza y el poder,
está en la mano blanca
que os tiende una mujer.
La gran palanca
que el mundo mueve,
la fuerza oculta
que todo puede;
no es el talento,
no es el saber...
Es la manita
de una mujer.

II

El que aspire a llegar ha de saber
que sólo la mujer logra el favor,
pues tira más un pelo de mujer
que los treinta caballos de un motor.
Que no vale el trabajo
ni vale la experiencia,
ni todas las conquistas
del arte y de la ciencia, (*Sale Luisita, quedando
en la puerta.*)
lo que hace en un instante,
si os quiere proteger,
la mano blanca y débil
que tiende una mujer...
La gran palanca
que el mundo mueve,
la fuerza oculta
que todo puede,
no es talento,
no es saber.
Es la manita
de una mujer. (*Al terminar el número, vase por
primera derecha Estanislao.*)

ESCENA III

LUISITA, LEBOND, BERTA, luego, AMELIA por la derecha.

- BER. (*Doncella elegante.*) Señora... Es la señorita Amelia.
- LUI. (*Alegremente.*) ¡Amelia! ¡Que pase!... Que pase en seguida... (*Berta vase.*) ¡El tiempo que hace que no la vemos! (*A Amelia que entra.*) ¡Ah! ¿Eres tú? ¡Ya era hora de verte!
- AME. (*Alicáida.*) ¡No me regañes!... Hola señor Lebond... Si supiérais lo que me sucede... ¿Vosotros conocáis a Eugenio?
- LUI. ¿Tu amigo?
- AME. Sí. El inventor.
- LEB. ¡Bah! Un inventor en todo fracasa...
- AME. Ah, no. Esta vez tenía una cosa que nos iba a hacer ricos... Un extintor.
- LEB. ¿Para los incendios?
- AME. ¡Oh! Una máquina infalible... Pero no podía ensayarla porque no teníamos nunca un incendio cerca... Esta mañana, al rizarme el pelo, se cayó la maquinilla del alcohol y prendí fuego a la toalla Yo iba a meterla en el cubo del agua cuando me grita Eugenio: ¡«Espera»! Fué a buscar el aparato y le arrojó sobre la toalla... ¡Dios mío! Teníais que haber visto. En un instante el fuego se corrió a todas partes, a las cortinas, a la alfombra, a los muebles... Ha ardido todo... Eugenio lleño de quemaduras, está en el hospital. Del mobiliario que me distes no me quedan más que unas cosas negras que hechan humo... No sabía qué hacer y he venido a decíroslo... ¿No es esto mala suerte?
- LUI. ¡Verdaderamente! Espera... Voy a decir que te preparen una habitación aquí.
- AME. ¡Qué buena eres!
- LUI. Vuelvo en seguida. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA IV

AMELIA, LEBON, luego LUISA, después, BERTA

- AME. Y usted... qué... ¿es feliz?
LEB. ¡Feliz! ¿Que quiere usted decir? Claro que sí que soy feliz... Muy feliz... Pero lo sería mucho más si esta criatura no tuviera la manía de derramar la felicidad a su alrededor... Ayer me obligó a subir el sueldo a mis obreros, hoy es Roberto, su amiguito antiguo, al que he tenido que colocar; y la señora Ramona a la que tuve que establecer poniéndola un bar, y el chico de la portera al que he sacado de pila... No, no... Esto es de masiado...
- AME. Sí, sí... ¡Luisita le cuesta a usted cara!
LEB. ¡No lo crea usted! ¡Si fuera para ella!... Eso lo haría yo con gusto... Pero si es para los demás... ¡Caray! Y yo que me he hechado una amiguita para enriquecer a los vecinos, a los parientes y a las porteras...
- LUI. (*Entrando.*) ¡Ea! Ya está todo arreglado.
LEB. Créeme. No hago más que pensar en Rasinet. Va a poner el grito en el cielo cuando sepa lo del aumento.
- LUI. Me da asco tu socio... Un hombre que tiene millones mirar tanto unos billetes de mil... Pues, oye... si te grita, tráemelo aquí... Justamente esta noche tengo un palco para la Opera... Invítale...
- LEB. No es fácil... Rasinet no ha sido nunca galante con las mujeres...
- LUI. Mira, tengo una idea... Vamos a colocarle a Amelia...
- AME. (*Tranquilamente.*) ¡Bueno!
LUI. (*A Amelia.*) Tu vendrás esta noche con nosotros a la Opera.
- AME. Te advierto que no tengo más que este vestido.

- LUI. Te prestaré uno de los míos. La doncella te lo arreglará.
- AME. ¡Bueno!
- LUI. Ya está convenido... Tú invitarás esta noche a Rasinet...
- LEB. (*Sacando el reloj.*) Le invitaré, ya que te empeñas... ¡Eh! Las tres menos veinte... Me voy al despacho.
- LUI. Berta te ayudará a ponerte el abrigo... (*A Berta que entra.*) El bastón y el gabán del señor... (*Vase Berta.*) ¿Llevas los guantes?
- LEB. ¡Bah! Los guantes, ¿para qué?...
- LUI. ¡Póntelos!
- LEB. ¿No es igual que los lleve en la mano?
- LUI. No. Póntelos.
- LEB. (*Resignado.*) ¡Bueno!
- LUI. El monóculo...
- LEB. Pero, ¿quieres que lleve siempre un ojo tapado con este cristal? (*Berta entra y le ayuda a ponerse el gabán.*)
- LUI. Sí. Quiero que mi amante sea un hombre *chic*.
- LEB. (*Resignado,*) Como gustes... (*La besa.*) Adiós. ¡Ay! (*Suspirando.*) Me da miedo... Pienso en la escena que voy a tener con Rasinet... En fin... Hasta luego... Adiós, Amelia... (*Vase Lebond seguido de Berta.*)

ESCENA V

LUISITA, AMELIA, luego BERTA

- LUI. ¡Pobre hombre! ¡Le tiene un miedo a ese Rasinet, su socio...! (*A Berta que entra.*) Saque usted mi vestido rosa y arréglele la cintura para que le sirva a esta señorita.
- BER. En seguida. (*Vase.*)
- LUI. No es esto sólo... Es preciso que esta noche sepas estar a la altura, ¿comprendes? Ahora vendrá mi profesor...

- AME. Pero ¿tú tienes un profesor?
LUI. Naturalmente. Una mujer no puede llegar sin eso... Le diré que te dé algunos consejos...
AME. ¡Un profesor! Pero ¿qué es lo que te enseña?
LUI. A sentarme, a levantarme, a andar, a comer, a hablar... ¿Cómo hablas tú...? Vamos a ver... Figúrate que se habla de literatura delante de ti... ¿Qué dirás tú?
AME. Yo, nada.
LUI. Te tomarían por una idiota. ¿Ves? Yo digo: «A mí me gusta extraordinariamente Gabriel D'Anunzio porque sabe expresar los sentimientos eternos en una lengua exquisita.»
AME. (*Estupefacta.*) ¡Ah!
LUI. ¿Que se habla de música? Cuando me preguntan digo: «Yo amo a Moskoski... Su armonía es de un arte sutil, pero es preciso oírle mucho para saborearle.»
AME. Sí, ¿eh?
LUI. Y ahí tienes... A esto es a lo que en sociedad se le llama *conversar*.
BER. (*Entrando con una tarjeta.*) Este caballero desea ver a la señorita...
LUI. ¡Ah!, sí... Anda Amelia... Ve con Berta para que te arregle el vestido.
AME. ¿Es tu profesor?
LUI. No. Ya te llamaré cuando venga... (*Vase Amelia. Berta sale para introducir a Roberto.*)

ESCENA VI

LUISITA y ROBERTO

- ROB. (*Entrando.*) ¿La señorita Lina de Malmeson...?
LUI. ¡Eh! ¡Si es Luisita! (*Se detiene estupefacto.*)
LUI. ¿Es esa toda la alegría que te da el volver a verme?
ROB. (*Asombrado.*) Pero..., pero esto... ¿qué quiere decir? Yo he recibido una carta firmada por Lina de Malmeson.

- LUI. Yo... Es que he cambiado de nombre...
- ROB. Pero la letra...
- LUI. He cambiado de letra también...
- ROB. Entónces, ¿esto es una emboscada?
- LUI. ¿Eh?
- ROB. Comprendido. Usted ha pensado: «Si firmo Luisita, no vendrá»... Y tenía usted razón... Yo no tengo nada que hacer aquí y me voy... (*Medio mutis.*)
- LUI. ¡Roberto! Espera... ¿Qué? Pero... Es que eres un erizo. Si todavía no sabes de lo que te voy a hablar...
- ROB. En primer lugar, señora, nosotros somos dos extraños, ¿no es ésto?
- LUI. ¡Claro!
- ROB. En ese caso, le ruego a usted que no me tutée... Es más correcto...
- LUI. Como tú... Digo, como usted quiera...
- ROB. Y ahora, usted dirá.
- LUI. Siéntese usted...
- ROB. ¡Bien! (*Se sienta.*)
- LUI. Tu recordarás... Digo..., usted recordará que cuando tú... que cuando usted... ¡Caray! Qué difícil es decir *usted*, cuando se ha dicho tanto *tú*... (*Pausa.*) ¿De veras no quieres que te tutée?
- ROB. ¡No!
- LUI. Bueno. Usted recordará que cuando nos separamos le dije que me ocuparía de usted...
- ROB. Sí... Creo recordarlo.
- LUI. Pues bien... Es el caso... que... yo. Verá usted... Ya no sé donde estaba... ¡Ea! Es mejor decirlo claro... Yo he encontrado una colocación para usted.
- ROB. (*Enfurecido.*) ¿Eh?
- LUI. Una plaza de secretario en casa de un comerciante al por mayor, que vive...
- ROB. Un momento, un momento, amiga mía... Supongo que eso es una broma... Pesada, claro está, pero broma...
- LUI. ¿Es algo malo lo que le propongo?
- ROB. Hace falta ser todo lo inconsciente que es usted para pensar nada más que proponérmelo...
- LUI. Pero, ¿qué es lo que está usted diciendo? (*Esta-*

llando.) Yo no sé si es malo o es bueno... Lo que sé es que se desvive una por derramar el bien, que se preocupa y trabaja por hacer un favor y se lo agradecen a una con insultos y coces. Eso es lo que sé... Si he hecho esto, es porque me acordaba de nuestra casita de la calle de Pigalle, del tiempo en que fuimos dichosos juntos, de nuestra despedida gentil y amistosa... Yo no he visto esas complicaciones tenebrosas, no he tratado de herir ni humillar a nadie...

ROB. (*Un poco confundido.*) Si no digo que no... Está bien, está bien... Yo he sido quizá un poco duro. Perdóneme usted... Ya sabe usted que tengo este defecto.

LUI. Estónces, ¿qué? ¿Acepta usted?

ROB. No me es posible.

LUI. Vamos, Roberto... Piénselo usted... Hay un momento en la vida en que es menester mirar de frente al porvenir...

ROB. Había usted como una mujer de su casa...

LUI. Aunque no fuera más que por el trabajo que me he tomado. Usted no sabe lo que he tenido que insistir con Eduardo...

ROB. ¿Eduardo? ¿Quién es Eduardo?

LUI. ¿Quién ha de ser. Mi amigo?

ROB. ¡Ah! ¿Pero esta colocación, además, me la ha buscado su amigo de usted?

LUI. (*Inocentemente.*) ¡Claro! Él ha sido.

ROB. (*Furioso.*) ¡Bueno! No sé como me contengo... Pero no tenga usted cuidado... Me haré un nudo en la lengua... ¡Qué descoco! ¡Qué poca vergüenza! Es el colmo. ¡El colmo!

LUI. ¿Pero por qué?

ROB. Decididamente, amiga mía, hay cosas que usted no comprenderá nunca... ¡Peor para usted!

LUI. ¡Roberto!

ROB. A los pies de usted! (*Vase Roberto furioso.*)

LUI. ¡Que atrocidad! ¡Qué hombre más raro! ¡Pues ni que le hubiera propuesto cometer un crimen.

ESCENA VII

LUISITA, BERTA, ESTANISLAO, luego AMELIA, después AUGUSTO

- BER. El profesor de la señora, acaba de llegar.
LUI. ¿Y le ha hecho usted esperar? Que pase. Que pase enseguida.
BER. Bien, señora.
LUI. Yo voy a buscar a Amelia. (*Vase Luisita.*)
EST. (*Entra muy deprisa, dándose mucha importancia. Viste siempre elegantemente, pero mucho mejor que en el acto primero.*) Vengo retrasado. No. Son las cinco... Soy exacto... ¡Ah! Luisita me ha traído la suerte; me llueven las lecciones... Estoy loco, loco... No puedo recibir más discípulas... No puedo... No puedo... (*Dándose aire con el pañuelo.*)
LUI. (*Entrando con Amelia.*) Antes de comenzar, ¿me autoriza usted para presentarle una de mis mejores amigas? La señorita Amelia... Viene esta noche a la Opera con nosotros y quiero que asista a la lección...
EST. Ya sabe usted que me gusta trabajar sin testigos, pero a usted no la puedo negar...! (*A Amelia.*) Puede usted quedarse... Se lo autorizo a usted...
AME. ¡Vaya! ¡Muchas gracias!
LUI. (*A Amelia.*) Ponte ahí y no nos interrumpas!
EST. Empezemos... Estudiaremos hoy la lección número 23 «En el teatro» ¿Qué plan tiene usted para esta noche?
LUI. Cenaré en el café de París, con Eduardo. Desde allí vamos a la Opera a ver *Fausto*. Tenemos un palco donde vendrán a reunirse con nosotros el socio de Eduardo, el señor Rasinet, y Amelia se le presentará a Rasinet para que haga su conquista. Yo me he comprometido a conseguirlo.
EST. Muy bien. Pues vamos a poner en práctica ese

programa. Como la lección es un poco complicada he traído a mi *groom* que es el encargado de los accesorios. Está en el vestíbulo. (*Da una palmada y llama:*) ¡Augusto! (*Inmediatamente se presenta Augusto, joven de quince años. Lleva una gorra que dice: "ESTANISLAO", en letras doradas. Al entrar deja arrimado a la pared un envoltorio de donde sacará los objetos que se le piden. No habla.*)

Augusto... Mesa de restaurant para dos personas. (*Nívacamente Augusto coloca una mesita y dos sillas, colocandose él detrás, con una servilleta debajo del brazo. A Luisita.*) Supongamos que la cena ha terminado... Esta lección ya la sabe usted... Han retirado los postres... (*Augusto va a buscar una tabla en la que habrá dos lava-frutas, y un vaso con flores, colocándolo todo sobre la mesa. A Luisita.*) Meta usted distraídamente las puntas de los dedos en el agua templada... No, no se mire usted las manos... Hable usted conmigo... Hay que tener el aire de pensar en otra cosa... (*Luisita imita todos los ademanes de Estanislao y mete las manos en el agua.*) Séquese usted los dedos... Mírese usted en el espejo de bolsillo. Así... Si es preciso dése unas pasaditas con la borla de los polvos... Ligeramente, muy ligeramente... (*Volviéndose a Augusto.*) ¡Los abrigos...! (*Augusto se precipita a buscar el abrigo de Estanislao.*) Nos levantamos... El criado del guardarropa presenta primero su abrigo... (*Luisita tiende los brazos hacia Augusto.*) ¡No...! Soy yo quien debe ayudar a usted...

LUI, Eduardo no me ayuda nunca.

EST. Eduardo no sabe vivir... ¡Botones! Un taxi... Yo cojo mi gabán... (*Lo hace.*) Salimos... Los transeuntes la contemplan... Los desocupados se detienen, un golfillo dice un piropo... (*Luisita va haciendo todo lo que Estanislao dice. Augusto, en tanto, habrá colocado dos sillas juntas y una delante, para figurar un taxi. En seguida con la gorra en la mano se coloca cerca de Estanislao.*) El taxi ha llegado. Subamos. (*Augusto hace ademán de abrir una portezuela imaginaria.*)

LUI. (*A Augusto.*) Gracias.

EST. No... No de usted las gracias. Ese servidor no existe para usted. Usted no le ve siquiera... no le mira... Como si la puerta se hubiese abierto sola... (*Al chauffeur.*) ¡A la Opera! El auto se pone en marcha... Usted me dice cualquier cosa con aire fatigado.

LUI. (*Obedeciendo.*) Nos han dado muy bien de comer ¿verdad?

EST. No... Diga usted siempre... ¡Qué mal hemos cenado! Es más distinguido... Hay que dar a entender que lo que tiene a diario en su casa es infinitamente superior a lo de los mejores restaurants... En el momento de llegar pregunta usted. ¿Qué ópera dan esta noche? Hemos llegado. Con un movimiento gracioso recoge usted los bajos de la piel y el vestido y subimos la escalera para dirigirnos al palco... (*Luisa obedece. Ambos atraviesan la escena en toda su extensión. Augusto en tanto habrá salido y entra con un pequeño artefacto que, al desplegarlo, se convierte en la barandilla de un palco. Detrás coloca cuatro sillas.*) Llegamos... Entramos... La representación está ya comenzada...

LUI. ¡No!

EST. Sí... Las gentes del gran mundo llegan siempre al final del acto primero.

LUI. Eduardo, no. Quiere ir antes de levantar el telón, porque si no dice que no se entera...

EST. Eduardo es un hombre imposible... Inmediatamente se coloca usted delante, bien a la vista, y deja usted caer la piel. (*Augusto trae unos gemelos que da a Estanislao, y éste se los pasa a Luisita.*) Pasea usted por la sala una mirada circular... No, no, a las butacas ni mirarlas siquiera... A los palcos nada más... Detenga usted los gemelos un instante en el palco de alguna de sus rivales en belleza y elegancia... Hace usted un gesto despreciativo... Después, se vuelve usted hacia mí y dice en alta voz una frase cualquiera desagradable...: «Qué cursi va la fulana...» o: «¡Qué vieja está!».

LUI. ¿En alta voz? ¿Pero no están cantando?

EST. Las gentes bien educadas hablan alto cuando se

canta y guardan silencio cuando se baila. Sentémonos... (*Ambos se sientan. Estanislao detrás de Luisa.*) Se abanica usted delicadamente... (*Augusto le da un abanico y coloca en el reborde del palco un programa y una caja de bombones.*) Durante este tiempo continua la representación y llega la señorita Amelia... (*A Amelia.*) Entre usted, señorita... (*Amelia se levanta y viene a colocarse delante del palco.*) Saluda usted a su amiga...

AME. ¡Hola, Luisita!

EST. ¡No! Así no... La oirán a usted de los palcos de al lado... ¡Distinción...! ¡Distinción! Diga usted: «Buenas noches, querida.»

AME. Buenas noches, querida.

EST. Siéntese usted... No. Así no... En primer término. Usted es una dama. (*Amelia se sienta en la silla del frente, junto a Luisa.*) Y acaba el acto... Durante el entreacto llega Rasinet... Yo dejo de ser Eduardo... Eduardo, me presenta... Yo la beso la mano (*besándola*) y me inclino delante de esta señorita... (*A Amelia.*) No, no se levante usted... Un pequeño saludo con la cabeza, basta... Comienza la conversación... Se habla de música, naturalmente... (*A Luisita.*) Usted coloca su frase sobre Moskoski... (*A Amelia.*) Usted dice: «Esta música de Gounod tiene un encanto anticuado que agrada siempre...

AME. Bueno.

EST. Pero dígalo usted...

AME. Esta música de *Gunó* tiene un encanto anticuado que agrada siempre... Diga usted. ¿Qué es un *Gunó*?

EST. ¡Gounod, es el autor de la ópera, señorita! Mire usted... Me parece que lo mejor para que conquiste usted al señor Rasinet, será que no hable usted mucho. Adopte usted una postura lánguida apoyando el brazo en el palco... Así... y cuando él la hable le contesta usted con monosílabos.

AME. ¿Con qué?

EST. Diciendo: Sí... No... Diré a usted... ¡Oh! ¡Ah! nada más... En tanto continua la representa-

- ción... Y creo que no tengo ninguna otra cosa que decir a ustedes en esta lección.
- BER. (*Entrando rápidamente, se detiene.*) ¡Ah! Perdonen ustedes... No sabía que la señorita Amelia daba lección también... Venía para probarla el vestido....
- LUI. Anda, ve a probarle... ¿Lo permite usted?
- EST. ¡No faltaba más...!
- AME. Muchas gracias... ¿Vamos? (*Vase Amelia.*)
- EST. (*A Luisita.*) ¡Ah! Amiga mía... ¡Pobre muchacha! Esta chica no será nunca nada...
- LUI. ¡Ah!, pues es preciso, porque yo me lo he propuesto...
- EST. Fracasaré usted, desde luego. ¡Es inútil! (*Quedan solos Luisita y Estanislao.*)

MÚSICA

I

- LUI. Dando el placer ufanas
lindas y sonrientes,
las cortesanas
famosas, eternas son.
Como fueron tan bellas,
viejos y adolescentes
piensan en ellas
con loca pasión.
Amorosas,
la admiración de todos
fué un ideal.
Generosas,
dan de su amor al caudal.
Voluptuosas,
con sus caricias hacen
que huya el dolor.
Amorosas,
lindas sacerdotisas
sois del amor.

II

Hermosas y compuestas,
de joyas adornadas,
son de las fiestas
la gloria y el esplendor.
Fuego y pasión encienden,
mientras con sus miradas.
ríen y venden
placeres y amor.
Amorosas,
la admiración de todos
fué su ideal.
Generosas,
dan de su amor el caudal.
Voluptuosas,
con sus caricias hacen
que huya el dolor.
Amorosas,
lindas sacerdotisas
sois del amor. (*Al terminar
el número de música vase Es-
tanislao.*)

ESCENA VIII

LUISITA. LEBOND. Luego BERTA

- LEB. Ya estoy de vuelta. (*Viene malhumorado.*)
LUI. Has venido a interrumpirme mi lección... Esta
noche en la Opera yo no sabré qué hacer ni
qué decir delante de Rasinet...
LEB. ¡A la Opera? ¿Eh? ¡Ya está buena hoy la Opera!
Puede que creas que va a ir Rasinet después de
lo que ha pasado...
LUI. ¿Pues qué ha pasado?
LEB. Lo que yo me temía... En cuanto ha sabido el

aumento de los salarios, ha puesto el grito en el cielo .. Dice que antes de pasar por eso prefiere cerrar la casa...

LUI. ¡Qué antipático me es ese hombre! ¡Parece mentira...! Con tantos millones. ¿Y qué le has dicho tú?

LEB. La verdad... Que había sido una idea tuya... Nunca lo hubiera dicho...

LUI. ¿Por qué?

LEB. Porque se ha puesto furioso y ha dicho que hoy mismo vendría a verte para decirte que hagas el favor de no meterte en lo que no te importa.

LUI. (*Alegre.*) ¡Qué va a venir aquí! ¿Cuándo? ¿Cuándo?

LEB. Enseguida, puede que esté ahí ya...

LUI. (*Encantada.*) ¡Cuánto lo celebro! Ya verás cómo le recibo yo.

BER. (*Entrando.*) Señora... Un caballero desea hablar con la señora. (*Da una tarjeta.*)

LUI. (*Leyendo.*) Rasinet... Sí que se ha dado prisa.

LEB. Debe venir echando chispas... (*A Berta.*) ¿Le ha dicho usted que estoy yo aquí?

BER. No, señor...

LEB. Ni se lo diga... Yo me voy mientras habláis...

LUI. Mejor será... Vuelve dentro de una hora... Dentro de una hora todo estará arreglado...

LEB. ¿Tú lo crees?

LUI. Yo le domaré... Te lo prometo... Anda, vete...

LEB. ¡Ojalá! (*Vase Lebond por la izquierda.*)

LUI. (*Luisita se tiende en el sofá y coge un libro.*)

Apague usted esa luz... (*Berta la apaga. Luisita enciende la lámpara pequeña que habrá al lado del diván.*) Ahora que pase el señor Rasinet... (*Vase Berta.*) A ver... Lección número trece. Recepción y té... (*Entra Rasinet por derecha.*)

ESCENA IX

LUISITA Y RASINET

- RAS. (*Bruscamente.*) Deseaba ver a usted para decirle en muy pocas palabras que lo que está sucediendo...
- LUI. (*Lánguida.*) Yo también deseaba conocer a usted, porque mi amigo me habla mucho... Me habla constantemente de usted.
- RAS. ¡Lebond es un idiota...!
- LUI. Le quiere a usted mucho, mucho...
- RAS. Mire usted..., yo vengo para tener una brevísima conversación con usted...
- LUI. ¿Quiere usted hacer el favor de hablar un poquito más bajo... Se lo suplico... Tengo una neuralgia horrible...
- RAS. (*Cortado.*) ¡Ah! Perdone usted..., no sabía...
- LUI. Ya ve usted cómo le recibo... ¡Ah! Pero qué aturdida soy... Le tengo a usted en pie... (*Sin dejarle hablar.*) Hágame usted el favor de tomar asiento... Perdóneme usted... No me había fijado... (*Mirando la hora.*) Son las cinco y es la hora en que yo tomo el té... ¿Quiere hacer el favor de acompañarme y tomar una taza...?
- RAS. No, señora... Muchas gracias... No tengo tiempo.
- LUI. ¡Ah!, no..., no lo consiento... Si usted no aceptara me ofendería muchísimo... (*Llama.*)
- RAS. Señora, yo...
- LUI. (*Sonriendo amabilísima.*) Acepte... Se lo suplico... ¡No sabe usted cuánto sentiría que se negara! (*A Berta que entra.*) Sirva usted aquí el té... Pero... si es...
- RAS. Pero... si es...
- LUI. (*Atajándole. A Berta.*) Y que no nos moleste nadie... ¿Oye usted? No estoy para nadie... Para nadie... (*Berta vase. A Rasinet.*) Crea usted que celebró muchísimo poder conversar unos instantes con usted... He oído hablar tanto de usted, de su talento, de su amabilidad. Sé que es usted un hombre afable, cortés, espiritual...:

- RAS. (*Un poco desarmado.*) Señora, es usted muy amable... El objeto de mi visita es hablarla de un pequeño incidente ocurrido en mi despacho y del cual es usted la causa...
- LUI. Yo sé que usted, en el fondo, comprende lo justo que es consagrar una parte, una insignificante parte de su inmensa fortuna, a hacer el bien...
- RAS. Verá usted. Es que eso del aumento de los jornales... (*Entra Berta con el té.*)
- LUI. ¡Ah! Aquí está el té... (*A Berta.*) Déjelo usted todo.. Quiero ser yo misma la que sirva al señor Rasinet... (*Rasinet se quita el gabán.*) Llévese usted el abrigo del señor; encienda la luz. Cuando yo llame, diga usted a Amelia que venga. (*Berta obedece: Da la luz y vase llevándose el abrigo.*)
- RAS. ¿Y el dolor de cabeza, pasa?
- LUI. Gracias a usted, por lo visto, desaparece por momentos... ¿Le quiere usted cargado?
- RAS. Sí, sí... Muy cargadito...
- LUI. ¿Un poco de crema?
- RAS. Como usted guste... y dos terroncitos de azúcar... Eso es... Supongo que me perdonará usted que haya entrado aquí casi violentamente, interrumpiéndola en su lectura.
- LUI. No lo siento, porque he salido ganando... Y eso que me gusta mucho leer... ¿Conoce usted la última obra de D'Anunzio?
- RAS. No...
- LUI. Yo admiro mucho a ese escritor... sabe expresar como nadie los eternos sentimientos...
- RAS. Yo leo poco...
- LUI. Comprendo. Trabaja usted... Trabaja usted demasiado... Pero, ¿a que se aburre usted mucho?
- RAS. No lo sabe usted bien... Hay días en que me aburro de tal manera que hasta pienso en contraer matrimonio...
- LUI. ¡No haga usted eso, por Dios! ¿Casarse usted? (*Toca.*) Lo que usted necesita es una amiga... Sí, sí... Una amiguita alegre, linda, que le distraiga y le entretenga...

ESCENA X

Dichos y AMELIA (Entra vestida de soirée)

- AME. (*Afectada y queriendo poner en práctica las lecciones de Estanislao.*) Buenas tardes querida. ¿Cómo va...?
- LUI. Bien ¿y tú? (*A Rasinet.*) Permita que le presente a una de mis mejores amigas... La señorita Amelia de Valflor... (*A Amelia.*) El señor Rasinet...
- RAS. Señorita...
- AME. Caballero... (*Se sienta. Pausa.*)
- LUI. Ven a tomar una taza de té.
- AME. ¿Levantarme? Estas loca... ¿no ves que soy una dama?
- LUI. Sí, sí. Yo te lo llevaré...
- AME. No... Ya sabes que el té no me convence... Eso está bien cuando una está mala... Prefiero las galletas solas...
- LUI. Toma. (*Coje un plato lleno.*)
- RAS. (*ALuisita, bajo.*) ¿Por que viene vestida de baile esta señorita
- LUI. (*Bajo.*) Es que va al téatro... (*Alto.*) Mi amiga Amelia nos acompaña a la Opera esta noche... (*A Amelia.*) ¿Te gusta ver *Fausto*?
- AME. Ya lo creo... Ese *Gunó* es un viejo que gusta...
- RAS. ¿Gaunod ha muerto ya, no?
- LUI. Sí... Amelia habla de su música...
- RAS. Ya... (*Amelia recordando los consejos de Estanislao adopta una postura lánguida.*) ¿Está usted enferma, señorita!
- AME. No. ¿Por qué?
- LUI. Es que tiene accesos de melancolía... Se comprende... ¡La pobre! Figúrese que estaba enamoradísima y su amigo la ha abandonado...
- AME. (*Tranquilamente.*) Sí, señor... Ahora estoy libre.
- RAS. (*Con frialdad.*) ¿De veras?
- AME. (*Mirándole descaradamente.*) Y deseando encontrar alguien que me convenga... Eso sí... Le ad-

vierto a usted que a mí me es igual que un hombre no sea guapo.

RAS. (*Siempre frío.*) ¡Ah!

LUI. (*Interviniendo vivamente.*) Oye, Amelia... Ese vestido te hace una arruga muy fea en la cintura... ¿Por qué no vas a decir a Berta que te lo arregle?

AME. Sí. Voy en seguida... ¡Caballero! Hasta luego que nos veremos ¿verdad?

RAS. Señorita...

AME. (*A Luisita.*) ¡Yo creo que le he gustado! (*Vase.*)

LUI. ¿Qué le parece a usted mi amiguita?

RAS. ¡Insignificante!

LUI. No. Es encantadora, créalo usted. Lo que pasa, es que vive un poco alejada del mundo...

RAS. Es posible...

LUI. ¿Sabe usted lo que estaba yo pensando al verla hablar con usted? Pues que ella podría ser esa ocupación que a usted le hace tanta falta para distraerse...

RAS. ¿Ella? ¡Vamos! Muchachas como esa, las hay a montones...

LUI. ¿De veras?

RAS. Como usted lo oye... Y, sin embargo, lo que usted me ha dicho antes me da que pensar... Sí, señora... Tiene usted razón... A mí me hace falta una mujer..., pero una mujer que se aseje a usted... ¡Perdón! Creo que estará mejor dicho que se asemejara a usted...

LUI. El presente de indicativo es más usual...

RAS. (*Estupefacto.*) ¡Es usted maravillosa! ¡Vea usted! Con una mujer como usted se puede hablar... ¡Ay, Luisita, Luisita! ¿Que sea Eduardo el dueño de este tesoro? ¡Que se aloje una perla tan rara en un estuche tan pobre! ¡Un piso! ¡Un piso de alquiler, usted que debiera tener un hotel propio! Y pensar que fuí yo quien empujó a Eduardo! ¡Que me lo debe a mí...!

LUI. ¿A usted?

RAS. ¡Claro! Yo le animé a venir a verla... Yo le aconsejé... ¡Ay! Si la llevo a conocer yo entonces...

LUI. ¿Qué hubiera usted hecho?

- RAS. Guardarla para mí. (*Cogiéndola una mano.*) ¡Si usted quisiera...
- LUI. (*Vivamente.*) No, amigo mío, no..., no me pida usted esas cosas... Usted debe saber que es imposible... Eduardo ha sido muy bueno para mí y yo no quiero dejarle..
- RAS. ¡Qué lástima! Ponga usted atención y fíjese bien en que lo que la voy a proponer, es una cosa ventajosa para Eduardo... Usted le dejará un día, tarde o temprano, pero le dejará... Entonces abandonará usted a Eduardo por un extraño y la separación será definitiva y cruel, porque Eduardo no la volverá a ver más... Mientras que si el sustituto soy yo, la separación se hará dulcemente, amistosamente... Eduardo continuaría siendo nuestro amigo, le invitaríamos ciertos días a cenar los platos caseros de su agrado, pasaría la velada al amor de la lumbre y, en una palabra, conservaría de usted lo que más le agrada. ¿No es verdad lo que digo?
- LUI. Sí, sí... Es verdad... Pero...
- RAS. Piénselo usted... ¿Qué? ¿Vacila ya? ¿Qué me contesta?
- LUI. ¡Hijo, por Dios...! Va usted muy deprisa... No... No le digo a usted que no... Pero... déjeme reflexionar... (*Ruido dentro*) ¡Ah!, él...

ESCENA XI

DICHOS y LEBOND.

- LEB. (*A Rasinet.*) ¡Hola, Rasinet!... (*A Luisita.*) ¡Qué! ¿Habéis hablado ya?
- RAS. Ya lo creo... Y estoy encantado... encantado. ¡Esta criatura es deliciosa...!
- LEB. Sí... Es una buena muchacha... Entónces, ¿qué? La cuestión del aumento de los salarios...
- RAS. ¡No hay que hablar ya de eso...! ¡Todo lo que ella quiera!

- LEB. ¿Sí? ¡Vamos, hombre! No sabes la alegría que me dáis... ¡Ea! Ya estamos todos contentos... Y esta noche, ¿vamos a la Ópera?
- RAS. ¡Naturalmente, que iremos...! ¡A dónde ella quiera...!
- LEB. ¡Ah, bueno! ¡Buenò!
- RAS. Oye, parece que no te gusta mucho eso de ir a la Ópera...
- LEB. Sí. ¿Por qué no? Ahora, que ya me conoces... Yo hubiera preferido quedarme en casa... Ya sabes que soy poco aficionado a salir de noche.
- RAS. (*Bajo a Luisita.*) ¿Lo oye usted? ¿Qué le decía yo?
- LEB. Pero si quieres que vayamos, vamos... De manera que lo de los aumentos te ha parecido bien...
- LUI. Sí, hombre, sí...
- RAS. Después de todo, el aumento consiste en 174 francos diarios...
- LEB. Sí, sí... Pero ya sabes que al final del año hacen un total de 63.510 francos...
- RAS. (*Sorprendido.*) ¡Tanto!
- LEB. ¡Vaya! Aquí traigo el presupuesto... Si quieres, pasamos aquí un momento y verás las cuentas... ¿Nos das permiso, Luisita?
- LUI. Sí, sí. Pasen ustedes...
- LEB. Fíjate que el aumento de un franco a 174 obreros y empleados. (*Vase Lebond y Rasinet hablando. En el mismo momento entra Berta.*)

ESCENA XII

LUISITA, BERTA, luego ROBERTO, después LEBOND y RASINET.

- BER. (*Bajo a Luisita.*) Señora... Es ese joven que estuvo antes...
- LUI. ¿Roberto? No puedo recibirle ahora...
- BER. És que le he dicho que estaba la señora... Yo no sabía...
- ROB. (*Entrando.*) Perdone usted... Vengo a suplicarle

que me dispense.. Ya sabe usted que soy un poco violento y no sé dominarme... Pero he reflexionado.

LUI. No. Si me hago cargo de todo y comprendo los motivos de delicadeza que le impedían aceptar mi ofrecimiento.. Usted cree que no puede aceptar nada de mi amante ..

ROB. Evidentemente...

LUI. Muy bien ... Pero, ¿y si ya no lo es?

ROB. ¿Cómo?

LUI. No pueden existir esos motivos, ¿no es eso?

ROB. Claro. Las cosas varían (*Oye hablar a Lebond y Rasinet.*) ¡Ah! ¿Pero es él!

LUI. Sí... Y va usted a aprovechar la ocasión para darle las gracias.

ROB. (*Susceptible.*) ¿Yo...?

LUI. Sí... Yo se lo suplico a usted... Haga usted el favor...

(*Llamando.*) Eduardo... (*Entran Lebond y Rasinet.*) Roberto Grillén. El señor Lebond.

LEB. Ya le conozco, ya ..

ROB. Y yo también... Usted era el que miraba por el balcón con un telescopio...

LUI. (*Interviniendo*) El señor Lebond ha trabajado mucho para proporcionar a usted esa colocación... Dénselos la mano... Y ahora voy a ofrecer a ustedes una taza de té. (*Llama.*)

ROB. Se lo agradezco a usted mucho. (*Dándole la mano.*)

LEB. No lo crea usted, fué casual... Figúrese usted que me encontré a Pular, un antiguo amigo mío.. (*Hablando le lleva al sofá donde le hace sentarse y sigue la conversación.*)

LUI. (*A Berta que entra.*) Que nos sirvan té...

RAS. (*Aproximándose a Luisita.*) ¿Quién es ese joven?

LUI. Yo se lo presentaré ahora...

RAS. ¿Qué? ¿Ha reflexionado usted ya? ¿Qué me dice?

LUI. Mire usted, Rasinet... Yo le diría a usted que sí... si, estuviese segura de que no disgustaba a Eduardo. .

RAS. Le juro a usted que no le disgustará... Es decir, le dolerá un poco, un poquito nada más, en el primer momento... Sufrirá por espacio de diez

minutos, pero estará diez años agradeciéndonoslo. (*Entra Berta con el servicio del té.*)

LUI. (*Indecisa.*) ¿Está usted seguro?

RAS. ¡Como usted lo oye! (*Se disponen a tomar el te. Rasinet se acerca al grupo que forman Lebond y Roberto. Al mismo tiempo entra Amelia con el vestido que llevaba al principio del acto.*)

AME. (*Corriendo a Luisita.*) ¿Qué? ¿Qué? ¿Has arreglado ya lo mio? ¿Le gusto a ese señor!

LUI. No; pero no te apures... ¡Hoy vas a estar de suerte!

AME. ¿Yo?

LUI. Sí. Vamos a ver: ¿Te gusta este piso y estos muebles?

AME. (*Asombrada.*) ¿Qué dices?

LUI. ¿Que mañana te lo regalo todo!

AME. No es posible...

LUI. Como lo oyes...

AME. (*Abrazándola.*) ¡Luisa! Luisa de mi alma..!

LEB. (*A Roberto.*) Es usted muy intransigente...

RAS. ¿De modo que no quiere usted aceptar?

ROB. (*Levantándose.*) Juro a ustedes que me es imposible, pero esto no quita para que yo se lo agradezca infinitamente. (*Se separa de ellos y va al lugar donde está Luisita.*)

LUI. (*Bajo a Roberto.*) Venga usted mañana.

ROB. ¿Para qué?

LUI. Para aceptar...

ROB. Pero si usted sabe ya la causa...

LUI. Mañana esa causa no existirá...

LUI. (*A Lebond.*) Eduardo, le he convencido... Acepta...

LEB. (*Levantando los brazos.*) ¡Vamos hombre! Gracias a Dios!

RAS. (*Aproximándose a Luisita.*) Es un carácter enérgico este muchacho... A mí me gustan así los hombres... ¿Es un amigo de usted?

LUI. Sí... Un antiguo amigo... (*Señalando a Roberto.*) El pasado... (*Indicando a Lebond.*) El presente... (*Tiende las dos manos a Rasinet.*) ¡Y el porvenir!

RAS. (*Besándola las manos.*) ¡Ah! ¡Gracias! ¡Gracias...!

LUI. ¡Los hombres! ¡Los hombres!

MÚSICA

I

LUI. Son los hombres sobre poco más o menos,
unos monstruos de orgullo y vanidad.
Los mejores, no son malos ni son buenos,
pero nunca nos quieren de verdad.
Si nos ven a su lado cariñosas
por Dios, dicen, ¡ay me enpalaga esta mujer...!
Pero, en cambio, si somos veleidosas,
¡qué bien!, de cabeza a más de uno hemos de ver.
No digáis nunca a los hombres,
que de amor viás a morir;
no les déis, amorosas, dulces nombres,
que hay que engañarlos y mentir.
Debéis mostraros siempre indiferentes,
que no se alaben de que os ven sufrir.
No digáis nunca a los hombres
que de amor váis a morir.
(*Repíte el estribillo, haciendo los demás la se-
gunda voz.*)

II

Es muy triste, que con tanto inconveniente,
sea el hombre una gran necesidad
que suspire por un hombre tanta gente,
porque suele tener su utilidad.
Ellos son nuestras galas, nuestros trajes.
¡Oh, sí! Mientras tanto están a nuestros pies
son el auto, las joyas, los encajes,
y son nuestra dulce quietud de fin de mes...
No digáis nunca a los hombres
que de amor váis a morir
no los déis, amorosas, dulces nombres,
que hay que engañarlos y mentir.
Debéis mostraros siempre indiferentes,
que no se alaben de que os ven sufrir.
¡No digáis nunca a los hombres
que de amor váis a morir!

Todos. No digáis, etc., etc.

TELÓN

Acto tercero

Un salón extraordinariamente lujoso en el hotel de LULÚ DE MALMESON. «Née» Luisita; «née» Lina.

ESCENA I

LEBOND, luego FLORENTINO

Al levantarse el telón, Lebond, solo en escena, estará acostado en un diván, leyendo un periódico. Suena el timbre del teléfono. Lebond se incorpora y llama. Entra Florentino, doméstico ultracorrecto. Viste librea y corbata blanca. Lebond le indica el teléfono con un ademán. Florentino se acerca al aparato.

FLO. ¿Quién llama? ¿Quién? ¿La señorita Lulú de Malmeson? Sí, señor... Aquí es... No, señor... La señora ha salido... ¡Ah! Yo no puedo decir a usted... (*A Lebond.*) Señor... Otro periodista que pregunta...

LEB. (*A Florentino.*) ¿La señora dijo que volvería a las cinco?

FLO. Sí, señor.

LEB. Pues son las cinco y cuarto... ¿Dónde ha ido?

FLO. A la inauguración del Salón del Automóvil, con el señor.

LEB. Está bien. Gracias... (*Óyese dentro hablar a Luisita y a Rasinet.*)

FLO. (*Al salir se detiene y da luz a todas las llaves. Gran iluminación.*) Precisamente ahora llega la señora... (*Se aparta para dejar paso a Luisita y Rasinet, los dos vestidos con lujosa elegancia. Luisita lleva sombrero. Rasinet da el sombrero y el bastón a Florentino.*)

ESCENA II

LUISITA, LEBOND, RASINET Y FLORENTINO. POR EL FORO.

- LEB. ¡Al fin! Ya era hora...
- LUI. ¡Pobre Eduardo!
- LEB. ¿Estaba bien la Exposición?
- LUI. Figúrate. ¡Todo París!
- LEB. Y tú... (*A Rasinet.*) ¿Cómo estás?
- RAS. (*Dándole la mano.*) Bien, ¿y tú?
- LUI. (*A Florentino.*) ¿Ha venido gente?
- FLO. Sí, señora. Dos joyeros, un masajista sueco y tres fotógrafos. Como no tenían hora dada, he dicho que la señora no recibía. (*Mutis joro.*)
- LUI. Ha hecho usted bien.: Estoy fatigadísima...
- LEB. ¡Ja, ja, ja!
- RAS. ¡Toma! ¿Pues no se ríe?
- LUI. No, no... Eduardo no se hace mala sangre...
- RAS. ¿No te dije yo que haríamos su felicidad?...
- LEB. Sí... Estoy contento... Podéis creer que estoy muy contento...
- LUI. La vida para él es una cosa tranquila, dulce... Para él no hay responsabilidades.
- RAS. Ni inauguraciones de Exposiciones...
- LUI. Ni interviús con los periodistas...
- LEB. Y, además, he vuelto a ponerme los cuellos bajos... ¡Soy feliz! ¿Qué, cenamos juntos hoy?
- RAS. No, hombre.: ¿Has olvidado que esta noche es la famosa cena del ministro...?
- LEB. Es verdad que es esta noche: (*A Luisita.*) Ahí tienes.: Ya te invitan los ministros...
- LUI. ¡Qué aburrimiento! A mí me hubiera gustado tanto quedarme hoy en casa.: Dime, ¿no podrías excusarme de asistir a esa cena...?
- RAS. ¡Qué cosas dices! Un hombre que tiene tantos deseos de conocerte... Ha oído hablar de ti...
- LUI. ¿A quién?
- RVS. A todo el mundo... Tú eres una celebridad,

amiga mía... Cuando me invitó me dijo: «No es una comida oficial... Traiga usted a su amiga, la hermosa Lulú...»; ya comprenderás que no hay más remedio...

LUI. (*Resignada.*) Bueno, bueno..., iré: Ahora, que me dejen tranquila un poco, que no hagan ruido...

LEB. ¿Por qué no te quitas el sombrero? Estarías mejor.

LUI. Dices bien... Gustavo, tráeme un espejito. (*Rasinet la tiende un espejo mientras Luisita se quita el sombrero y se lo da a Rasinet.*)

RAS. Coge tú el sombrero.

LEB. ¡Eh! Tendré que levantarme a... En fin... (*Se levanta, coge el sombrero y va a colocarlo sobre un mueble.*)

LUI. No, no lo coloques así... Llama a la doncella...

LEB. No hay necesidad de tocar el timbre... Está aquí... ¡Amelia! ¡Amelia! (*A Amelia que entra correctísima en traje de doncellita, por izquierda.*)

ESCENA III

LUISITA, AMELIA, RASINET y LEBOND

AME. ¿Llamaba el señor?

LUI. Sí, Amelia. Coge ese sombrero...

AME. Bien, señora... El chauffeur pregunta a qué hora quiere el auto la señora...

LUI. A las seis en punto...

AME. Ha telefonado el señor Conde de la Ferroniere si podría venir a las seis. Le he dicho que sí, porque como la señora tiene encargado que se reciba siempre al señor Conde...

LUI. Has hecho bien...

RAS. ¡Hombre! ¡Cuánto me alegro ver a ese simpático Conde...

LUI. Yo también... Está visto... No puedo arreglarme el pelo en este espejo... Voy al tocador... Ven conmigo, Gustavo...

RAS. Vamos allá... (*Vanse Luisita y Rasinet por la derecha.*)

ESCENA IV

AMELIA y LEBOND

LEB. ¡Pobre Rasinet! (*Riendo.*) ¡No descansa un momento!

AME. Está en su papel...

LEB. Efectivamente... Está amaestrado para eso... Amelia.

AME. ¿Qué desea el señor?

LEB. Acérqueme usted un almohadón, haga usted el favor...

AME. (*Acerca el almohadón.*) ¿Para los pies?

LEB. No. Para la espalda... Gracias... Un poquito más abajo... Ajajá. Muchas gracias...

AME. Vamos, que usted ahora no lo pasa mal, ¿eh?

LEB. Hija mía. Yo también tuve mi época... Pero para disfrutar de la vida, me jubilé a tiempo...

AME. ¿Y no la echa usted de menos?

LEB. Ni siquiera, hija... ¡Estoy encantado..! ¿Y usted, está satisfecha en su nueva vida de doncella?

AME. ¡Ah! Estoy loca de alegría... Gracias que dí con el puesto que me convenía... Desde que entré al servicio de la señora, no hago más que reír y cantar...

LEB. ¿Lo ve usted, Amelia? Lo difícil en la vida no es llegar a ser dichoso, sino saber dónde está la felicidad, averiguar para qué es para lo que hemos nacido... Tanto usted como yo, hemos andado a tientas... En la actualidad, ya lo sabemos... Ni yo nací para conquistador, ni usted para *cocotte*.

AME. ¡Ay, no! No me hable usted de volver a ese cochino oficio... ¡Uf! Qué asco de hombres... Cuando me acuerdo de Eugenio, con sus inventos, y luego del otro, de González, el american-

to, que me resultó un ratero... ¡Ya ve usted! Un hombre tan elegante... y que me prometió la mar de cosas...

LEB. Pero fué culpa de usted... Usted es demasiado inocente...

AME. Si es que hay cosas que una no las puede sospechar... Figúrese usted que tuve que ir dos días a Orleans a ver a mi familia y le dejé en mi pisito...

LEB. En el mío.

AME. En el de Luisa...

LEB. Bueno, en el nuestro...

AME. Pues cuando volví allí no había nada... González me había mudado...

LEB. Ya lo sé, ya. (*Riendo.*)

AME. Me acordaré toda mi vida de aquel día... Fué el 16 de marzo. Aniversario de la gran desgracia de mi vida y de mi mayor felicidad... El robo de González y mi entrada en la cocina.

LEB. ¡Qué de cosas han visto aquellas habitaciones!..

ESCENA V

Dichos y RASINET

RAS. Amelia, la señora la llama...

AME. Voy en seguida. (*Coge el sombrero y vase por la derecha.*)

LEB. Con que, dime hombre, dime... ¿Estás agusto? ¿Eres feliz?

RAS. ¿Quién, yo? Claro que sí... Porque no he de ser feliz...

LEB. ¡Ah, no sé... Podías haberte cansado... Luisita te obliga a hacer una vida tan agitada... Además, ella misma es tan diferente de la que era... Parece que vive en una nube... Siempre distraída, alejada, soñadora, endiosada...

RAS. Pero es que a mí me gusta eso... Yo también he cambiado mucho, querido Eduardo. No te creas

que ahora quiero a Luisita como al principio, por... la bagatela. No. Ya no se trata de la bagatela... Aunque quisiéramos, tampoco tendríamos tiempo... para la bagatela... ¿Qué vas a pedir por la noche a una mujer que ha estado en la escena del mundo catorce horas seguidas? ¡Pobre criatura! Cuando cae en el lecho no piensa más que en dormir... No se acuesta... ¡Se derrumba!

LEB. Entonces no comprendo para qué el tener una amante.

RAS. ¡Ay, querido Eduardo...! ¡Y las satisfacciones y el amor propio! ¿Crees que eso no vale nada? Cada salida nuestra es una fiesta, una delicia... Nos contemplan, nos admiran... En las carreras, en los estrenos, en el *restaurant*, oigo siempre el mismo murmullo: «Lulú..., es Lulú... Rasinet.» ¡Sí! ¡Rasinet! Dicen ya: «¡Rasinet!» ¡Se me conoce! ¡Me nombran! Halaga mucho ser el amante de una mujer célebre. Abres un periódico y lees en la concurrencia a cualquier fiesta: «Lulú.» Coges una ilustración... y allí hay un retrato: «Lulú.» Ayer he tenido una de las alegrías más grandes de mi vida. Subí a un tranvía y entre los anuncios... ¿Qué dirás que ví? Un dentífrico con el nombre de *Lulú*. En el tranvía, querido Eduardo, en el tranvía... Está en todas partes, se la ve en todos lados...

LEB. Es verdad, se la ve demasiado.

RAS. ¡Demasiado!

LEB. Si, hombre; sí... Luisita no es ya una mujer... Es una exposición. Pero ten cuidado..., cuando poseemos un tesoro y no queremos que nos lo roben, hay que empezar por ocultarlo a todo el mundo... ¡Ojo, Rasinet! ¡Te soplarán tu Lulú!

RAS. ¿Sabes que me dices unas cosas muy agradables?

LEB. No me lo agradezcas... No lo hago por ti... Pienso en mí, que he encontrado aquí una casa muy cómoda, dónde paso las veladas deliciosamente, y no me gustaría llegar un día y darme con la puerta en las narices...

RAS. ¡Ah! ¿Es por eso?

- LEB. ¡Toma! ¿Pues por qué iba a ser?
RAS. Pues no tengas cuidado, querido Eduardo...
Luisita no me dejará. ¿Y sabes por qué?
LEB. No.
RAS. Pues porque no encontrará otro mejor que yo...
LEB. Te advierto que, aunque pocos ya, todavía quedan tres o cuatro monarcas en Europa.
RAS. (*Con orgullo.*) En ese caso, aun sería más halagador para mí... Ahí es nada... Haber sido el amante de una «Casi Reina.»
LEB. ¡Ay, Rasinet, Rasinet!...
RAS. ¿Qué?
LEB. El orgullo te perderá.

ESCENA VI

RASINET, LEBOND, FLORENTINO, y luego ESTANISLAO por el foro

- FLO. El señor Conde de la Ferroniere.
RAS. Que pase... Que pase...
FLO. (*Anunciando.*) El señor Conde Estanislao de la Ferroniere. (*Entra Estanislao resplandeciente de elegancia.*)
EST. *Se detiene delante de Florentino y le mira de pies a cabeza.* Está bien, pero no es perfecto... Más rígida las piernas... Los pies juntos. Bien separada la espalda... Eso es... No anuncia usted mal del todo... Retírese... (*Florentino vase. A Rasinet.*) Mi querido amigo... Encantado de saludarle...
RAS. Querido Conde... Cuánto celebro verle.
EST. Señor Lebond... Servidor de usted.
LEB. Buenas tardes, amigo mío...
EST. ¿Y nuestra encantadora Lulú?
RAS. Sale en seguida. Ya sabe usted, que para usted está siempre en casa...
EST. Lo sé, lo sé... Mi visita no tiene más objeto que besarla la punta de los dedos. Me voy en seguida.

- RAS. Tome usted asiento... (*Se sienta Estanislao.*)
LEB. (*Irónico.*) Ya veo que las lecciones le dejan a usted más tiempo libre...
EST. Sí. Desde que tengo aut ome cunde mucho más el tiempo. Las discípulas me llueven... Y es que he hecho una verdadera revolución. ¡Claro que mi mejor anuncio ha sido Lulú... ¡Es mi timbre de gloria!
LEB. Y el reclamo...
EST. Señor Lebond. ¿Por qué cuando me habla usted, trata siempre de ridiculizarme? ¿Qué le he hecho yo a usted?
LEB. A mí no. A mi Luisita... Usted la ha pervertido con sus lecciones...
EST. ¡Su Luisita! ¿Pero usted ha podido éreer un momento que Luisita era para usted? No, señor Lebond. Élla no le pertenecía a usted, como no pertenece tampoco al señor Rasinet... Luisita no puede pertenecer a un hombre... Pertenece a una capital... ¡A París!

ESCENA VII

Dichos y LUISITA.

- LUI. ¡Pero si es él! ¡El! Y no me lo decían...
EST. (*Besándola la mano.*) ¡Salud a la bella entre las bellas, la encantadora entre las encantadoras!
LUI. Vamos, no se burle usted de mi.
EST. ¡Ya sé, ya sé que la invitan los ministros...
RAS. ¡Ah! ¿Usted sabe ya...?
EST. Mi profesión me obliga a estar al tanto en todos los secretos de la vida elegante de París.
RAS. La cena es esta noche...
EST. Lo sé... Lo sé...
RAS. ¡Demonio! Las siete ya. Voy a casa a vestirme. (*A Luisita.*) Vendré a recogerte a las ocho menos cuarto...
LUI. Muy bien... (*A Lebond.*) Oye Eduardo ¿Por qué

LEB. no vas al florista y me compras dos rosas de té...
(*Levantándose.*) Con mil amores... (*A Rasinet.*)
Aguarda que me iré contigo...
RAS. Hasta luego... (*A Estanislao.*) ¿Viene usted?
EST. No. Me quedo todavía unos instantes. (*Vanse
Lebond y Rasinet por el foro.*)

ESCENA VIII

LUISITA, ESTANISLAO y luego AMELIA

EST. La miro y me estremezco! No lo puedo remediar... ¡Ea! Ya llegó usted a la cumbre... Ya cena usted con ministros... ¡Qué triunfo para mí! ¡Qué triunfo!

LUI. (*Distraída.*) Sí...

EST. Perfectamente. El ministro no es ningún tonto, como son la mayoría. Es un hombre inteligente, radical, socialista, posee una fortuna colosal, le gustan mucho las mujeres y no tiene ningún compromiso serio con ninguna... Pero ¿qué le pasa a usted? ¿Está usted distraída? ¿No me escucha usted?

LUI. Yo no quiero asistir a esa cena, Estanislao... (*Fatigada.*)

EST. (*Aturdido.*) ¿Eh? Pero ¡es posible! ¿Usted sabe lo que dice?

LUI. Sí... Sí... Lo sé... ¡Digo que no quiero ir!

EST. Sí, lo he oído... Pero eso es insensato. Esa invitación es para usted de una importancia considerable...

LUI. Pues precisamente por eso, porque lo sé... Si voy a esa cena ya sé lo que me espera... Mejor dicho, lo adivino..., lo adivino.

EST. ¡Y yo también!

LUI. Desde hace dos meses me persigue ese ministro. El otro día le quitó a Gustavo uno de mis retratos, bromeando...

EST. (*Encantado.*) Entonces eso marcha, eso marcha...

- LUI. (*Suplicante.*) ¡Por favor! Ya no quiero ascender más.
- EST. ¡Es tarde! Es demasiado tarde... Usted es una fuerza que asciende... No puede detenerse... Hay en usted un poder sobrenatural que la dice: «¡Sube!»
- LUI. ¡Pues ya no subo más! (*Rebelándose.*)
- EST. ¿Que no sube más? ¡Desventurada!
- LUI. (*Otra vez suplicante.*) Estanislao... Yo vivía muy contenta en mi pisito de la calle de Pigalle...
- EST. (*Paternal.*) ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Basta ya de niñerías! Yo sé lo que le sucede a usted... Es un poco de fatiga..., cansancio..., algo de neurastenia... Nada grave. Usted irá esta noche a esa cena... Usted enamorará al ministro... Y sucederá, lo que está ya escrito en el libro del Destino... ¡Será lo que tenga que ser! ¡Usted es una de las Reinas de París...! ¿Cuándo se ha visto que una Reina abdique?
- LUI. (*Pausa, luego resignada.*) Está bien... Iré... (*Llama.*)
- EST. ¿Irá usted?
- LUI. Sí... Iré... ¡Pero es usted muy malo conmigo...!
- EST. No lo crea usted.. Y ahora me voy... Me voy contento de mí... y no muy contento de usted...
- AME. (*Entrando.*) ¿Ha llamado la señora?
- LUI. Sí...
- EST. Cuando tenga usted bastante intimidación con el ministro, la recomendaré a un amigo mío que quiere ser Embajador. Adiós... (*La besa la mano.*)
- LUI. Adiós. (*Vase Estanislao.*)

ESCENA XI

LUISITA Y AMELIA

- AME. Puesto que la señora cena fuera, ¿me permite salir esta noche?
- LUI. Has lo que quieras...
- AME. Es que quisiera que me diese permiso hasta..., hasta mañana por la mañana.
- LUI. ¡Hola! ¿Te vas de jolgorio?
- AME. Sí, señora. ¡Con mi novio!
- LUI. (*Muy interesada.*) ¿Pero tienes novio?
- AME. Sí, señora.
- LUI. Mira, no me llames más señora... y tutéame. Estamos solas. Con que tienes un novio. ¿Quién es? ¿Quién es?
- AME. (*Cambiando de tono.*) Un vendedor de las^{as} Galerías Lafayette.
- LUI. ¿Joven?
- AME. Diez y nueve años.
- LUI. ¡Para casaros!
- AME. ¡Ah no! ¡Para querernos...!
- LUI. ¿Es guapo?
- AME. Muy simpático. Y me quiere mucho... Yo le he dicho que siempre he sido doncella y que él es el segundo.
- LUI. Muy bien... Y qué... ¿os váis a cenar...?
- AME. Sí. Cenaremos juntos en un restaurant económico...
- LUI. Y luego os iréis a divertir por ahí, ¿eh?
- AME. Probablemente.
- LUI. ¡Tú sí que tienes suerte!
- AME. ¡Eh!
- LUI. Anda, hija mía... Vete a cenar con tu novio y vuelve mañana a la hora que quieras...
- AME. ¡Oh! ¡Gracias! ¡Qué buena eres! (*Amelia vase.*)

ESCENA X

LUISITA, luego FLORENTINO, despues ROBERTO.

- FLO. (*Entra con una tarjeta sobre una bandeja.*) Señora... Este caballero desea...
- LUI. ¿Oiro? No, no... Que me dejen en paz... ¡No quiero ver a nadie! (*Acercándose y echando una mirada a la tarjeta.*) ¡A nadie! Lo oye usted bien... a... ¡Ah! Sí... Que entre enseguida... Dígale que entre... (*Vase Florentino. Rápidamente Luisita coge ún espejo y se arregla los cabellos. Florentino introduce a Roberto y vase. Roberto no viste a lo «bohemio» como en los actos anteriores. Su traje es corriente, sin exageraciones elegantes.*)
- LUI. (*Corre a él tendiéndole las dos manos.*) ¡Ah! ¡Roberto! ¡Qué sorpresa! Después de tanto tiempo. ¡Qué sorpresa!
- ROB. (*Más tranquilo pero muy afable.*) Mil gracias. Ante tōdo quiero felicitar a usted por sus triunfos, por su prosperidad, por su fortuna... ¡Es usted toda una celebridad!
- LUI. Por Dios, Roberto... Se lo suplico... No me hable con ironía...
- ROB. Hablo en serio, se lo juro... La felicito a usted con entera sinceridad y de todo corazón... Puede usted creerlo...
- LUI. (*Sorprendida.*) ¡Ah! ¡Sí... Quién sabe! Puede que hubiera preferido que se burlase usted un poco de mí...
- ROB. ¿Burlarme? ¿Por qué?
- LUI. ¡Qué se yo! Sería difícil de explicar... Pero, en fin, no hablemos de eso...
- ROB. Como usted guste... Mi visita tiene por objeto anunciar a usted un acontecimiento... ¡Oh!, un gran acontecimiento...
- LUI. ¿Sí?
- ROB. ¿No lo adivina usted?
- LUI. No.

ROB. Me caso.

LUI. ¡Ah! ¿Se... se casa...? Verdaderamente... Si que es una noticia. (*Contrariada, finge disimulando lá pena que siente.*)

ROB. ¿Verdad que sí? Me caso con la hija del señor Pularé, el comerciante con el que estoy de secretario y que ahora me hace socio de la casa... ¡Ah! He trabajado mucho y con suerte... Supe hacerme el hombre indispensable y como vivía constantemente al lado de él y de su hija, Alicia y yo comenzamos a gustarnos y ayer el padre consintió en la boda... Pero yo no soy ingrato... Yo recuerdo siempre que fué usted quien me hizo entrar en la casa y que es a usted a quien debo ahora la felicidad... Así, pues, he querido que fuera usted también la primera en recibir la noticia...

LUI. ¡La primera...! ¡La primera...!

ROB. ¡La única...! Nadie lo sabe aún... Yo la debía a usted esta pequeña atención...

LUI. ¡Qué bien! Crea usted que le agradezco muchísimo su cortesía. Su proceder es delicado... No, no... Si en usted no me sorprende... Vaya, hombre... ¿De manera que se casa usted? La verdad es que no podía ni imaginármelo... Usted, al que yo conocí tan libre, tan independiente, tan...

ROB. Tan bohemio, sí, señora... Pues me caso... Es que yo también he cambiado mucho... Y ahí tiene usted... También este cambio se lo debo a usted...

LUI. ¿A mí?

ROB. Ya lo creo... acuérdesse usted... Usted me dijo en cierta ocasión que un día u otro tendría que formalizarme, volver la espalda al pasado, pensar en el porvenir... ¡Qué razón tenía usted!

LUI. ¿De verdad, tenía tanta razón?

ROB. (*Sorprendido.*) Pero... ¿qué la sucede a usted? Parece que está usted triste, melancólica... ¡Usted! Usted que ve colmados sus deseos, satisfechas sus aspiraciones... Porque yo supongo que usted es dichosa.

LUI. Sí... Dichosa, sí..., pero menos que antes...

- ROB. ¿Antes? ¿Con el señor Lebond?
- LUI. No... (*Con pasión.*) ¡Contigo! Entonces es cuando yo disfrutaba la mayor felicidad... ¡Y ni me dí cuenta de ello! ¡Y ahora es cuando lo veo!
- ROB. ¡Qué cosa más rara! Pensar así ahora que vives en pleno triunfo, en plena gloria...
- LUI. ¡Bah! La gloria. A veces es pesada.
- ROB. ¡Qué franca eres!
- LUI. ¡Contigo! Contigo nada más. Mira... No se lo digas a nadie, pero la verdadera mujer que ven en mí, no es Lulú. Yo soy (*Con triste alegría.*) Luisilla... Yo he sido siempre Luisilla... Tu Luisilla..., La mujercita del piso de la calle de Pigalle... ¡Ah! Tú no sabes lo que ha pasado por mí ahora al verte... (*Pausa. Resignándose al dolor presente.*)
- ROB. ¡Cómo ha de ser! El pasado, es el pasado!
- LUI. ¿A quién se lo dices? Pero oye... Quisiera hacer una pregunta, no sé si seré indiscreta...
- ROB. No, mujer, no. Pregunta, pregunta...
- LUI. ¿Quieres a tu novia?
- ROB. ¡Claro está!
- LUI. Pero lo que se dice querer, querer... Vamos, querer.
- ROB. Ye lo creo... Con todas mis fuerzas... Con el alma y la vida.
- LUI. (*Emocionada.*) ¡Ah! Y... Y ella... ¿Te quiere ella?
- ROB. Sí... Un poco inmodesto por mi parte decirlo..., pero, en fin..., es la verdad... ¡Los dos nos adoramos!
- LUI. (*Suspirando envidiosa.*) ¡Qué felices vais a ser!
- ROB. Sí... Muy felices... ¡Y gracias a tí!
- LUI. Pues bien, mi querido Roberto... (*Dominándose con gran sereuidad.*) ¡Me alegro mucho! ¡Te juro que me alegro mucho... (*Dándole la mano.*) Nadie desea tanto tu felicidad, como yo!
- ROB. ¡Gracias!

ESCENA XI

LUISITA, ROBERTO Y LEBOND

- LEB. (*Entrando.*) ¡Toma! ¡Si es Roberto!
- LUI. Ven Eduardo, ven... ¿No sabes la noticia? (*A Roberto.*) ¿Lo digo...?
- ROB. ¿Por qué no?
- LUI. ¡Roberto, se casa!
- ROB. Con la señorita Pulard...
- LEB. ¿Sí? Algo sospechaba yo... Muy bien amigo mío, eso está muy bien... Me hará usted el favor de felicitar a Pulard de mi parte...
- ROB. No faltaba más. Esta misma noche lo haré, que ceno con ellos.
- LEB. ¿Esta noche? Mire usted... Estaba por convidarme...
- ROB. (*A Lebond.*) Pues venga usted con nosotros... Vamos a cenar en un restaurant de Mottmartre, en «El Gato con botas».
- LUI. ¿Sí? En «El Gato con botas»... (*Con alegría.*) Ya me acuerdo... El amo se llamaba Eusebio y tenía la manía de probar las salsas antes de servir los platos...
- ROB. ¡El mismo!
- LUI. ¡Aquéllo sí que es alegre!
- ROB. (*A Lebond.*) Pues ya lo sabe usted... Nos reunimos allí esta noche a las ocho... (*A Luisita.*) Luisita... Hasta la vista... Mejor dicho... Adiós... Porque es probable que nosotros no nos veamos más... Ahora..., ya comprenderás que... (*Lebond se retira un poco discretamente.*)
- LUI. Sí..., lo comprendo... (*Le da la mano.*) ¿No me das un beso? ¿Será el último! (*Se besan.*) Adiós. (*Vase Roberto. Pausa.*) ¡Qué cosa...! Parece que me digo adiós a mí misma! (*Luisa se enjuga una lágrima.*)
- LEB. (*Que al volverse la vé, corre a ella.*) ¡Eh! Pero ¿qué es eso? ¿Qué tienes? ¿Lloras?

- LUI. No, no... ¡Llorar! ¡Llorar yo! Qué cosas dices... Ha sido un pequeño desvanecimiento... Ni más, ni menos... Ya ves... ¡Roberto casado...! Es el pasado que se entierra para siempre...! Qué curioso, ¿eh? ¡Ya tengo un pasado...! Y luego que... Bueno, a ti te lo puedo decir, ¿verdad? porque tu eres un amigo mío..., a Roberto..., yo creo que le he querido un poco...!
- LEB. Pero, hija mía, por Dios, si esa es una cosa muy natural...
- LUI. (*Llorando.*) Tú eres muy bueno, Eduardo... Eres muy bueno, porque me permites que te hable así... A nadie más que a ti puedo hablar de este modo... Y si vieras lo que me consuela decir estas cosas a alguien...
- LEB. No te atormentes, hija mía... No te martirices y llora... Llorar si eso te hace bien...
- LUI. ¡Oh, no...! ¡No quiero llorar...! ¡No ves que estoy pintada! Se me correría todo el colorete... (*Se seca los ojos impidiendo que corran las lágrimas.*)
- AME. (*Entrando.*) Es tarde ya. La señora tiene que vestirse...
- LUI. Ah, sí, ¡Es verdad...!
- LEB. Bueno, te dejo...
- LUI. No; no te vayas... Quiero que estés aquí para acompañarme hasta el coche... Hoy necesito tener un amigo al lado...
- LEB. No tengas cuidado mujer... No me iré... Te esperaré abajo...
- LUI. Además, lo que te he dicho no se lo cuentes a nadie, ¿eh? ¿Me lo prometes? Si lo supieran se burlarían de mí... ¿No lo dirás, verdad? ¡Júramelo!
- LEB. ¡Jamás...! ¡Jamás...! (*La besa en la frente y váse Lebond.*)

ESCENA XII

LUISITA y AMELIA

- AME. ¿Preparo el vestido verde?
LUI. (*Distraída.*) Sí. El verde.
AME. ¿Y las alhajas?
AME. Sí... (*De pronto.*) Pero, ¿por qué he de ser yo tan idiota? Yo también tengo derecho a divertirme una noche, a ser feliz...! ¿Por qué no...? Amelia... ¿Qué dirías tú si fuese a cenar contigo y con tu novio?
AME. ¡Eh! ¿pero tú estás loca? ¿Y tu ministro?
LUI. ¡Que se vaya a paseo el ministro...!
AME. ¿Qué dices? Además mi novio se va a asustar si te ve con tus encajes y tus pedruzcos...
LUI. ¡Ca! Si me pondré mi vestido viejo, el de la calle de Pigalle... (*Muy alegre.*)
AME. ¿Pero le has conservado?
LUI. Siempre. Y algunas veces a solas le saco y le contemplo... Me recuerda el tiempo en que era feliz... Me le voy a poner esta noche... ¡Eso es...! ¡Qué bien lo vamos a pasar! ¿Quiéres tú?
AME. ¿No he de querer...? ¡Ya lo creo que quiero!
LUI. (*Besándola.*) ¡Ay!, ¡cuánto te quiero! Verás, voy a vestirme corriendo...
AME. Yo te ayudaré...
LUI. No, no... Quédate aquí... Así no dejarás que entre nadie en mi cuarto. ¿Lo oyes! ¿Que no entre nadie! ¡Nadie! Si viene alguien le entretienes aquí, hasta que yo avise..., y luego nos escurrimos por la escalera interior... (*Váse.*)

ESCENA XIII

AMELIA, LUEGO ESTANISLAO Y FLORENTINO

- AME. (*Asombrada.*) Pues señor... ¡No habíamos contado con esto...! (*Se quita el delantal y comienza a quitarse la cofia de la cabeza, cuando oye rumor de voces dentro. Instantes después aparece Estanislao seguido de Florentino.*)
- FLO. Perdón, señor Conde..., pero es que la señora no recibe...
- EST. ¡A mí me recibe siempre...!
- FLO. Sí, señor; si ya lo sé, pero a esta hora...
- EST. ¡Basta! ¡Desaparezca usted...!
- FLO. Bueno, bueno... (*Váse.*)
- EST. ¿Dónde está la señora?
- AME. Se está vistiendo.
- EST. ¿Para asistir a la cena?
- AME. ¡Claro!
- EST. (*Sospechoso.*) ¿Y usted no la ayuda a vestirse?
- AME. Quiere estar sola.
- EST. ¿En su habitación?
- AME. Sí, señor...
- EST. Está bien... ¡Entraré!
- AME. (*Cerrando el paso.*) Eso no. No puede usted pasar... Usted qué sabe si la señora está en paños menores...
- EST. ¡Ay, hija mía! A ver si cree usted que eso me va a hacer algún efecto...
- AME. Tengo orden de que no pase nadie.
- EST. Está bien; la esperaré aquí...
- AME. Pero, ¿se puede saber qué le sucede a usted?
- EST. Sucede... Sucede que desconfío... La señora me ha dicho, hace un momento, cosas que me han inquietado... Yo conozco a las mujeres... Son capaces de las mayores tonterías... Y quiero verla ir a esa cena..., verla con mis propios ojos...

- AME. Está bien... Con su permiso voy a ayudar a la señora.
- EST. No. Usted no sale de aquí.
- AME. Es que la señora, me necesita.
- EST. No. Quiere estar sola... Usted misma acaba de decirlo...
- AME. De todos modos, yo...
- EST. (*Terrible.*) ¡Es inútil! ¡No saldrá usted de aquí!...
- LUI. (*Dentro.*) ¡Amelia!
- EST. (*Tapándole la boca.*) No conteste usted...
- LUI. (*Dentro.*) ¡Amelia!
- EST. (*A Amelia que abre la boca.*) ¡La prohibo que conteste...!

ESCENA XIV

LUISITA, AMELIA, ESTANISLAO, luego RASINET, después LEBOND

- LUI. (*Viste el traje del acto primero. Pero Amelia, ¿no oyes que te llamo? ¡Ah, Estanislao...!*)
- EST. (*Consternado.*) ¡Con ese vestido! ¡Razón tenía para sospechar!
- LUI. ¿Qué viene usted a hacer aquí?
- EST. (*Terrible y acusador.*) ¿Dónde iba usted?
- LUI. Yo soy libre para poder ir a donde quiera... Digo, me parece...
- EST. ¡No!
- LUI. ¡Eh! ¿Qué no?
- EST. ¡No! Usted iba a divertirse por su cuenta, ¿eh? ¡A derrochar el tesoro que es usted misma...! ¡Qué locura!... ¡Qué insensatez! ¡Afortunadamente, yo vigilo...!
- LUI. Vamos, vamos, déjeme usted en paz...
- EST. ¡No!
- RAS. (*Entrando, viste de frac.*) ¿Cómo? Pero, ¿no estás vestida todavía, a la hora que es...? ¿Qué ropa es esa...?
- EST. No es nada... Ha sido una distracción... Ahora va a vestirse...
- RAS. Pero si ya pasa la hora... y el ministro nos espera...

- EST. Estará vestida en cinco minutos...
- LUI. (*Resignada.*) Está bien... Me vestiré... Ven, Amelia...
- EST. Yo iré con usted...
- LUI. ¡Ah! No... ¡Eso sí que no...!
- EST. Entonces... Vístase usted aquí...
- LUI. ¿Aquí?
- EST. Sí... Aquí... A nuestra vista... (*A Amelia.*) ¡Traiga usted el vestido...!
- LUI. (*Bajo a Amelia.*) Ay, Amelia... Nos han agudado la fiesta.
- AME. (*Bajo a Luisita.*) ¡Me parece que por esta ves...!
(*Váse Amelia.*)
- EST. (*A Rasinet.*) Usted vaya a buscar las alhajas...
(*Vase Rasinet. Entra Lebond con las rosas.*)
- LUI. (*A Estanislao*) Y usted vaya por mi abrigo.
- EST. No. Yo vigilo... (*A Lebond.*) Vaya usted por el abrigo. (*Vase Lebond.*)
- LUI. (*Comienza a desnudarse, ayudada por Amelia, que ha vuelto con el vestido.*) ¡Ah! ¡Qué cruel es usted...!
- EST. Sí... Pero si cree usted que lo hago por egoísmo personal, se equivoca usted... Yo no tengo nada que ambicionar... Yo he llegado ya... ¡Usted, todavía no...! Ya sé... Ya sé... La cuesta a usted trabajo continuar vendiendo las sonrisas y los gestos.. ¡Ay, hija mía...! A todos nos sucede lo mismo... Usted, como yo, tenemos el derecho de sufrir un minuto de desmayo, pero un minuto nada más... Se reacciona en seguida y se acabó... ¡Ya no se piensa más en ello?...
- LUI. (*Mientras ha hablado Estanislao, se ha vestido.*) Es posible. Pero, de todos modos, yo hubiera querido tener un poco de felicidad...
- EST. ¡La felicidad! Pide usted demasiado, amiga mía. Hay que dejar alguna cosa para las que no triunfan, para las que no tienen pieles, ni encajes, ni alhajas...
- LUI. Es verdad... A mí nada de esto me ha dado la felicidad... (*Entra Rasinet con las joyas y Lebond con el abrigo. Todos van de un lado para otro. Gran agitación y movimiento hasta el final.*)

- RAS. Vamos, de prisa, de prisa... Ya es muy tarde.:
¿Qué va a decir el ministro?
LUI. (*Poniendose las alhajas.*) Cálmate, hombre, cálmate. Ya me disculparé yo...

(*Telón lento.*)

- RAS. Sí, ¿pero qué es lo que vas a decirle?
LUI. ¿Yo? Pues... (*A Amelia.*) Dame el espejo... Pues le diré... (*A Estanislao.*) Estanislao, dígame una frase de disculpa...
EST. (*Dictando.*) Yo suplico a V. E...
LUI. (*Mientras se pone el sombrero mirándose en un espejito que le presenta Amelia, repite las frases.*) Yo suplico a V. E...
EST. Que tenga la bondad de perdonarme el retraso involuntario...
LUI. Que tenga la bondad de perdonarme el retraso involuntario...

TELÓN

FIN DE LA OBRA



NOTA

Esta obra puede representarse como comedia, con sólo suprimir los cantables, y con la enmienda siguiente: en la ESCENA V. Acto primero (*folio 14.*)

ROB. ¿Es de verás eso?

LUI. ¡Qué tonto eres! Anda. Ve a comprar unas frutas para el postre.

ROB. Sí... Voy corriendo y vuelvo volando. (*Vase Roberto por el foro izquierda.*)

Obras de José Juan Cadenas

Inés de Castro o Reinara después de morir, refundición lírica de la obra de Luis Vélez de Guevara, música de los maestros Calleja y Lledó *.

El trágala, zarzuela en un acto y tres cuadros, prosa y verso original *

La Walkyria, versión rítmica castellana, en tres actos, de la ópera de Wagner *.

Las violetas, boceto de comedia en un acto y en prosa.

La Dolorosa, juguete cómico en un acto y en prosa *.

El famoso Colirón, zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa y verso *.

El primer pleito, comedia en tres actos y en prosa *.

Género chico, humorada en un acto, dividido en cinco cuadros y dos intermedios, en prosa y verso *.

El Delirio Dominical, humorada cómico-lírica en un acto dividido en cuatro cuadros, en prosa y verso *.

La tragedia de Pierrot, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en verso *.

El conde de Luxemburgo, opereta en tres actos.

La niña de las muñecas, opereta en tres actos.

¡Al fin, solos...!!, juguete cómico-lírico en un acto, original y en prosa *.

La mujer divorciada, opereta en tres actos.

Soldaditos de plomo, opereta en tres actos.

Princesitas del dollar, opereta en tres actos.

Los molinos cantan..., opereta en tres actos *.

Los húsares del Kaiser, opereta en tres actos.

Mis tres mujeres, opereta en tres actos *.

Petit café, comedia en tres actos, de Tristan Brenard.

- Los inmortales*, comedia en cuatro actos, de Flers y De Caillavet.
- La toma de la Bastilla*, comedia en cuatro actos.
- La alegría del amor*, fantasía lírica en un acto, música de H. Bereny *.
- Las píldoras de Hércules*, opereta en tres actos *.
- ¡A ver si cuidas de Amelia!*, opereta en tres actos *.
- El Príncipe Carnaval*, fantasía lírica en un acto, música del maestro Valverde *.
- El señor Fuez*, vodevil en cuatro actos *.
- Mi tía Ramona*, comedia bufa en tres actos.
- Mi amiga*, humorada en tres actos *.
- La loca aventura*, comedia en tres actos *.
- El capricho de las damas*, vodevil en tres actos, música del maestro Foglietti.
- La invitación al vals*, opereta en tres actos, música del maestro Strauss *.
- La mujer ideal*, opereta en tres actos *.
- Los trovadores*, comedia lírica en tres actos, música de los maestros Calleja y Foglietti *.
- El abanico de la Pompadour*, vodevil en tres actos *.
- La reina del cine*, opereta en tres actos *.
- La bella Riseta*, opereta en tres actos, divididos en un prólogo y cuatro cuadros, música de Leo Fall *.
- El amor en automóvil*, vodevil en tres actos ^a.
- El último Mosquetero*, vodevil en tres actos *.
- La dama blanca*, opereta en tres actos *.
- La princesa loca*, opereta en tres actos *.
- La araña azul*, vodevil en tres actos.
- Los alegres maridos de Maxim's*, vodevil en tres actos, música del maestro Calleja *.
- La toma de la Bastilla*, juguete en cuatro actos.
- La duquesa del Tabarín*, opereta en tres actos *.
- El millón* *.
- La danzarina de Cracovia*, opereta en tres actos *.
- El pren de una Vergen* *.
- La Corte de los Gorriones* *.
- Fantina* *.
- Un contrato leonino* *.
- El príncipe Carnaval*, revista en tres actos.
- El príncipe se casa*, revista en tres actos.
- Los Claveles rojos*, opereta en tres actos *.
- El As*, vodevil en tres actos *.
- El café del Recó* *.

La noche roja.
Las Amorasas *.
El ministro Giroflan *.
¡Roma se divierte! *
Dedé *.
La Bayadera *.

* En colaboración.



PRECIO: **3,50** PESETAS
